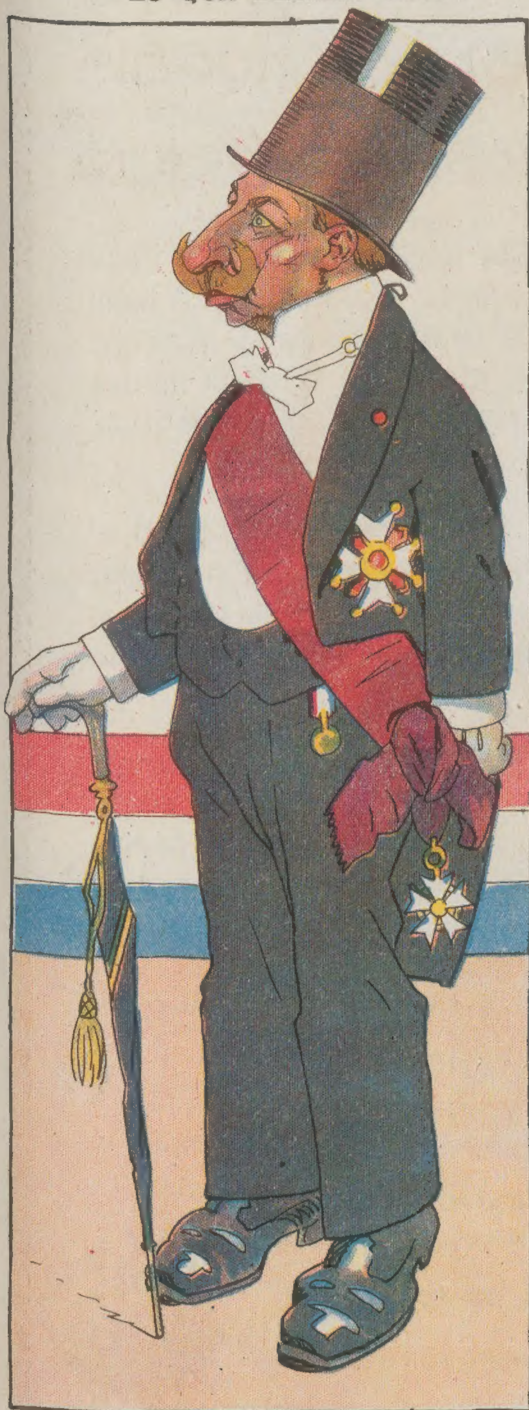
FRAY MOCHO

Año III — BUENOS AIRES, 18 DE DICIEMBRE DE 1914 — N.º 138

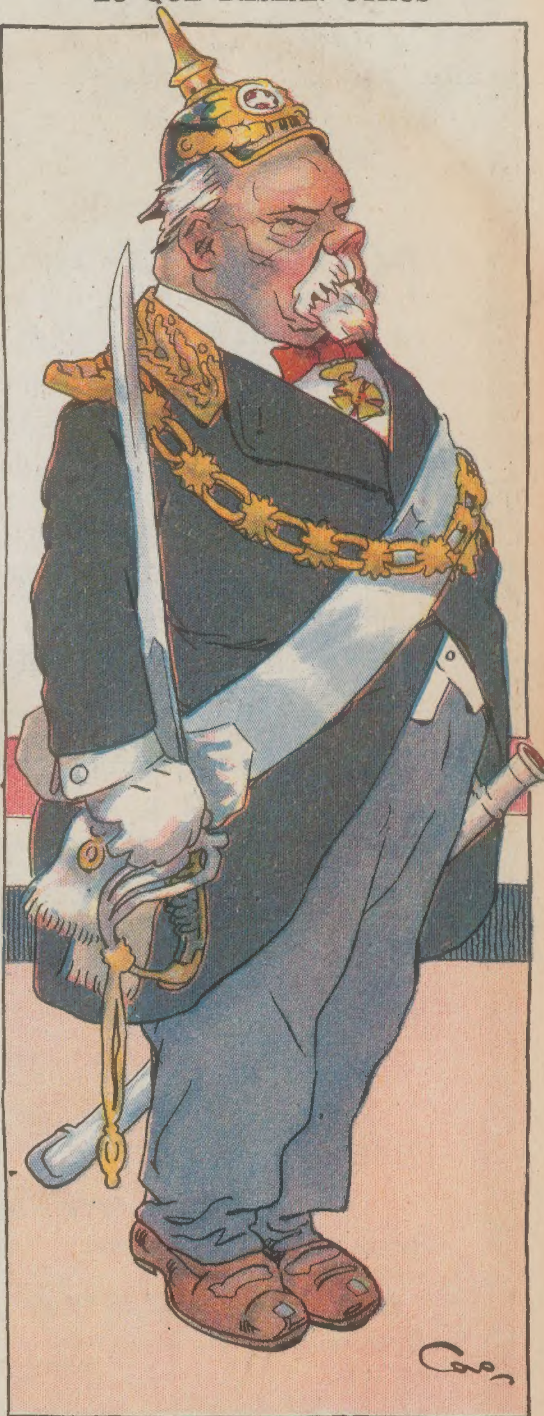
PARA TODOS LOS GUSTOS

LO QUE DESEAN UNOS



Monsieur HOHENZOLLERN
presidente de la República Francesa

LO QUE DESEAN OTROS



RAIMUNDO I
emperador de Alemania



¿Habrá una VICTROLA en su hogar esta Navidad?

NO hay otro regalo que pueda traer tanto placer a cada uno de la familia, o a sus amigos. Para música de baile en su propia casa, no hay nada comparable con la Victrola, y además Vd. tendrá siempre a su alcance la mejor música del mundo, cantada y tocada por las más célebres artistas, bandas y orquestas conocidas.

Entre los muchos modelos, con precios desde $ **45.**— m/n. para arriba, hay una Victrola adaptable a su hogar. Cualquier Victrola que Vd. elija, (no importa su tamaño o precio), tocará con toda perfección cualquier disco del gran catálogo Víctor.

Vd. debe visitar una casa Víctor, examinar los últimos modelos Victrola y oir algunos de los discos nuevos recién llegados. Debido al gran movimiento actual en las mercaderías Víctor, y la próxima llegada de la Navidad, Vd. debe elegir su Victrola ahora y hágala reservar, para estar seguro de obtenerla en el momento que la precise. Fíjese bien que es una Víctor-Victrola, porque no hay otra marca igual.

Victor Talking Machine Co., Camden, N. J., E. U. de A.

PRATT & Cía.

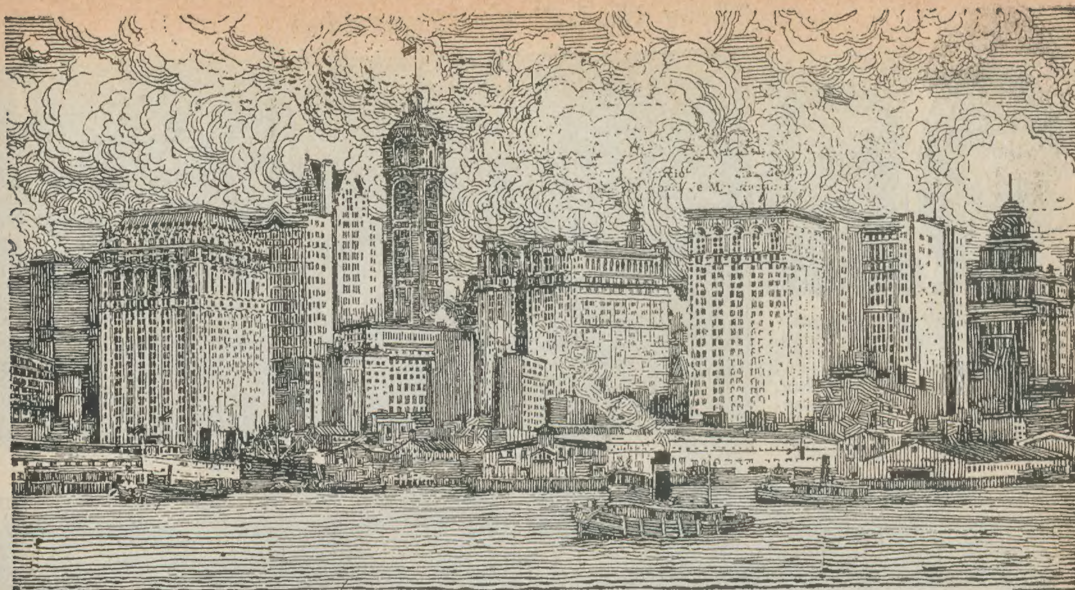
108 Calle San Martín 112, BUENOS AIRES — **Calle Córdoba esquina Maipú, ROSARIO**

DELLAZOPPA & MORIXE

729-738 Plaza Independencia (Costado Norte)

Sucursal, Sarandí 614, MONTEVIDEO, URUGUAY





ESCRITORIOS AMERICANOS

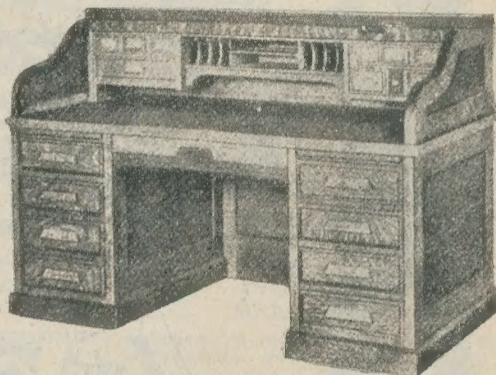
de las más renombrada de las muchas fábricas de Nueva York, — hace ya algunos meses, — hemos importado la cantidad más grande de escritorios y muebles finos para oficinas que jamás haya sido embarcada para Sud América. Cada uno de los muebles que aún nos quedan es de una calidad tan fina y especial que será difícil, — puede decirse imposible, — duplicarlo en cualquier otra parte en esta plaza.

Desde hace algunas semanas, prevenidos de la necesidad de mayor espacio para las nuevas mercaderías Víctor que están llegando de Nueva York por cada vapor, hemos marcado todos estos muebles a precios de remate. Hoy anunciamos que esta

LIQUIDACIÓN NOTABLE DEL AÑO

está por llegar a su fin, y para terminarla definitivamente en este mes de Diciembre, hemos hecho nuevas y asombrosas rebajas, sobre los cuales hacemos un descuento adicional de 5 %. La liquidación en esta forma será terminada antes del primero del año entrante.

Este escritorio, según dibujo, mide 168 x 192 cms. Roble fino, floreado, dos tablas grandes corredizas, tarjetera, archivo para cartas, sistema vertical, cerradura "Yale" último sistema. Su precio en cualquier otra parte, $ 350.—. NUESTRO PRECIO EN DICIEMBRE, PARA LIQUIDARLO pesos 170.—, menos el cinco por ciento. Esto es sólo un ejemplo. Entre los 16 diferentes modelos que nos quedan hay desde $ 97.50 para arriba.



Aprovecha esta ocasión única.

Buenos Aires
108 á 112
Calle San Martín

Pratt & Cia.

Rosario
Córdoba
Esquina Maipú



El nuevo ministro de industrias, doctor Justino Giménez de Aréchaga, que sucede al doctor Ramasso



El doctor Arturo Berro, cuyo inesperado fallecimiento causó profundo sentimiento en las filas nacionalistas



Durante el sepelio del doctor Berro





Concurrentes a la fiesta política en honor del nuevo diputado nacionalista don Enrique Andreoli.—En la Sociedad Francesa, durante el homenaje a la memoria del nacionalista don Antonio Saavedra, con asistencia del jefe don Basilio Muñoz



Banquete político.—En honor del flamante concejal don Vito Ciffarelli, organizado por sus amigos de la Liga del Sur





La Federación Socialista Rosarina realizó un concierto en el Savoy Hotel. La concurrencia. — Durante la fiesta en la escuela núm. 1 de la Infancia Desvalida



El agua mineral natural (argentina)

Villavicencio,

es la preferida de las personas entendidas y conscientes.



Es la mejor agua mineral natural
:: :: de mesa. :: ::



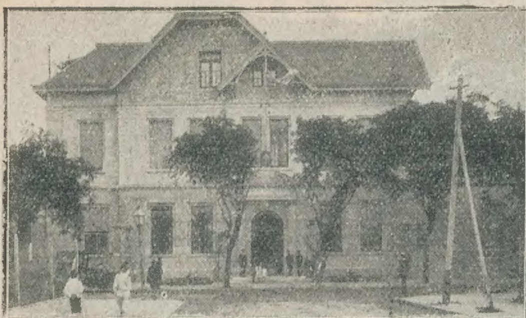
Villavicencio

Unico Concesionario

Francisco J. Carvalho

FLORIDA, 765 - Buenos Aires **U. Telef. 538, Avenida**

Inauguración del policlínico Dr. Eduardo Wilde





Vista del frente del edificio.—La señora Guillermina Oliveira Cézar de Wilde, y los doctores Sommer, Palacio, Silvani y Serrano, después del acto inaugural





El intendente municipal doctor Palacio, leyendo su discurso

El doctor Carlos Malbrán, que habló en representación de la Academia de Medicina

El domingo último se inauguró este policlínico ubicado en el hospital Teodoro Alvarez que fué construído de acuerdo con el modelo del policlínico de Viena. Consta de tres pisos y abarca todo el frente de entrada del citado hospital





RICO!

con un capital de $ 40!

Nosotros ofrecemos la base de una posición independiente y de una fortuna, facilitando la venta de espléndidas chacras de 65.000 metros cuadrados cada una, mediante el pago de 40 pesos m/n.

Los grandes economistas admiten que la agricultura representa la verdadera riqueza de cualquier país. Las demás fuentes de recursos, son artificiales, y, por tanto, expuestas a fallar.

Constituyendo la agricultura el sistema productivo más seguro, claro está que ella ofrece el camino más práctico no sólo para ganarse la vida holgadamente, sino hasta para llegar a la opulencia.

Ahora bien; el problema se reduce a los términos siguientes:

Dónde puede conseguirse un buen terreno apto para ser explotado, y cómo puede pagarse fácilmente.

He aquí resuelta la cuestión:

A pocas horas de Buenos Aires, cerca de las estaciones de los ferrocarriles del Sud y del Oeste, tiene usted magníficas chacras de **65.000** metros cuadrados cada una, al increíble precio de $ **40** m|n., la mensualidad, abonada durante pocos meses.

Estos campos, excelentes para agricultura y pastoreo y con buena agua a 6 y 8 metros de profundidad, están ubicados inmejorablemente dentro del ejido de chacras del importante partido de 25 de Mayo.

Un dato ilustrativo, que constituye la mejor recomendación, es que la fracción en venta, fué sembrada de maíz, hace un año, y se obtuvo un gran rendimiento en la cosecha. Por consiguiente, los campos ya están hechos por haber sido trabajados, y son de bondad probada, por el resultado ofrecido.

Además, puede considerarse que al comprador de cada chacra se le regalan $ **820** moneda nacional por año.

Esto no es un lirismo sino una demostración matemática. Véase:

Un metro cuadrado de tierra, trabajado por uno mismo, debe producir al año, forzosamente **10** centavos. Como las chacras en venta tienen **65.000** metros cuadrados cada una, su utilidad por año debe ser $ **6.500** m|n.; reduzcámosla a su quinta parte, que la tierra produzca sólo **2** centavos por metro cuadrado, y la ganancia será $ **1.300** m|n. por cada año. Paga usted $ **480** m|n. al año, por concepto de mensualidades y la conclusión es esta:

Que se regalan a cada comprador de una chacra, $ **820** m|n., por año.

GUSTAVO ADOLFO CASAS

PERU, 166 – Teléfono 910, Avenida – **BUENOS AIRES**

Escuela Nacional de Viticultura y Enología

LOS NUEVOS VITICULTORES



De izquierda a derecha: señores R. Lanteri Cravetti, A. Guiñazú Rawson, F. Croce, J. A. Román, A. Baistrocchi, A. C. Cremaschi y B. Quiroga



Señores V. Lucero R. Pelliza, V. Bello, C. López, R. Baca, C. Ortiz y E. Correa Alvarez

CORDOBA.—ESCUELA SUPERIOR DE COMERCIO



Señor José Segundo Delgado



En el pic-nic realizado con motivo de la terminación del año escolar

CUATRO COSAS BUENAS

CHAMPAGNE TRAPICHE



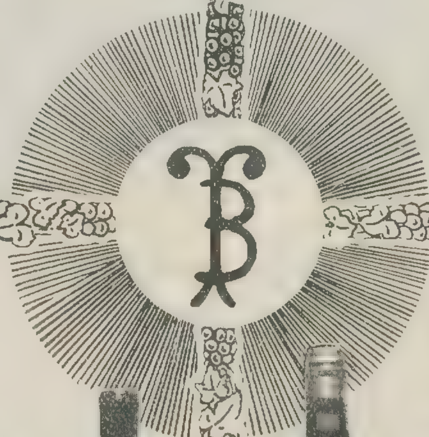
Por su elaboración esmerada y cachet exquisito, compite con ventaja con sus similares extranjeros.

JUGO DE UVA TRAPICHE

(SIN ALCOHOL)

Es el refresco ideal para verano, tomándolo con soda o agua heladas.





VINOS TRAPICHE

Como vinos de mesa, por su genuidad, no hay nada mejor.





VERMOUTH TRAPICHE

Compuesto por vinos añejos, hace de él el más sano y mejor aperitivo.

Soliciten catálogo a

BENEGAS HNOS. Y CIA.

SAN MARTÍN, 420 - BUENOS AIRES

o a las sucursales:

ROSARIO: General Mitre, 737 — CÓRDOBA: Rosario de Santa Fe, 177
TUCUMÁN: Mendoza, 552 — BAHÍA BLANCA: Chiclana, 426
MENDOZA: San Martín y Lavalle

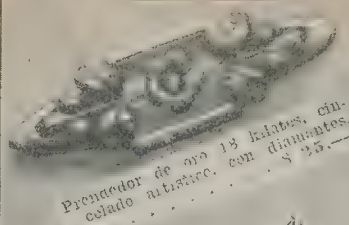
Notas estudiantiles

COLEGIO NACIONAL DE LA PLATA



Los bachilleres egresados en 1914

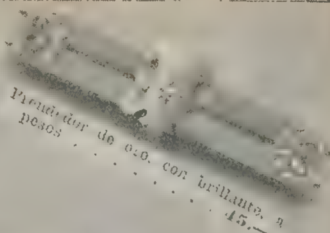
REGALOS PRACTICOS Y UTILES PARA NAVIDAD Y AÑO NUEVO



Prendedor de oro 18 kilates, cincelado artístico, con diamantes, a . . . . . $ 35.—



Mascota de oro 18 kilates, calada, a . . . . $ 15.—



Prendedor de oro, con brillante, a pesos . . . . 45.—

NUESTRAS ULTIMAS NOVEDADES

VARIEDAD DE MODELOS

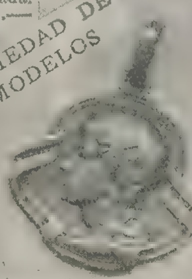


Alfiler para corbata, de oro 18 kilates y platino con diamantes y perla, a pesos . . . . 42.—

Medallón de oro 18 kilates, con diamantes y piedras de color, a $ 35.—



Rosetas de oro 18 kilates y platino, con brillantes y diamantes, a $ 95.—



Medalla de oro 18 kilates, cincelado artístico, a $ 45.—

Alfiler para corbata, de oro 18 kilates y platino, con brillantes, diamantes y piedras de color, a . . . $ 65.—

ANALICEN NUESTROS PRECIOS ANTES DE COMPRAR

Casa Escasany

(SOCIEDAD ANÓNIMA)

BUENOS AIRES: PERÚ ESQ. RIVADAVIA

MAR DEL PLATA: RAMBLA

TUCUMÁN: LAS HERAS ESQ. MUÑECAS

Nuestros salones de venta permanecerán abiertos hasta las 10 p. m. los días 23, 24, 30, 31 de Diciembre y 5 de Enero.

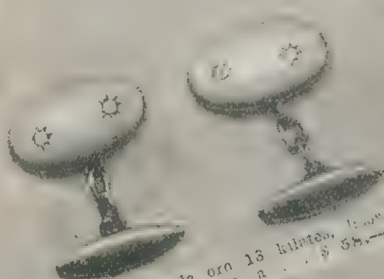
NO DEJEN DE VISITAR NUESTRA CASA



Rosetas de oro 18 kilates, con diamantes, a . $ 17.—



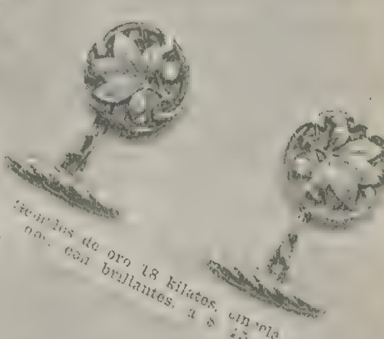
Rosetas de oro 18 kilates, con diamantes, a . . $ 17.—



Gemelos de oro 18 kilates, liso, con brillantes, a . . . $ 58.—



Anillo de oro 18 kilates, liso, con 3 brillantes, a pesos . . . . 26.—



Gemelos de oro 18 kilates, cincelado, con brillantes, a $ [illegible].—

NOVEDAD PARA CUELLO NEGLIGÉ

De oro, liso, a . . . . $ 8.—
De oro 18 kilates, liso a ,, 15.—



Anillo de oro 18 kilates, cincelado artístico, con brillante y piedra de color, a . . . . . . $ 22.—

ULTIMA MODA PARA CUELLO NEGLIGÉ

De oro liso, a tornillo, a $ 4.50
De oro 18 kilates, liso, a tornillo a . . . . $ 8.—

SOLICITEN NUESTRO SUPLEMENTO ILUSTRADO N.º 15, DONDE HALLARAN NUESTRAS ULTIMAS NOVEDADES, Y SE REMITE FRANCO DE PORTE AL INTERIOR DE LA REPÚBLICA.



Anillo de oro 18 kilates, cincelado artístico, con brillante, diamantes y piedras de color, a $ 26.—

NOTA. — TODO PEDIDO CUYO VALOR EXCEDA DE $ 5.—, SE REMITE FRANCO DE PORTE AL INTERIOR DE LA REPÚBLICA, CON EXCEPCIÓN DE LOS ARTÍCULOS CUYO PESO Y VOLUMEN NO PERMITAN DESPACHARSE POR ENCOMIENDA POSTAL.

Notas estudiantiles

EN LA ESCUELA Núm. 8 DEL CONSEJO ESCOLAR XIII



En esta escuela de Belgrano (B. A.), que dirige el señor Felipe M. de Rosa, se efectuó interesante fiesta con motivo de la terminación del año escolar. De la organización de los números teatrales se encargó la subdirectora señorita Adelma Mosca.—Gente menuda que intervino en la representación de la comedia "Los pescadores"



Un poco de "Hamlet"



"El soldado moribundo", monólogo

Notas Femeninas









Con los acontecimientos europeos, la mayoría de las familias, en los centros de la moda, está de luto, y eso tendrá una influencia enorme sobre la moda de los países que seguimos a aquéllos. Nos predicen para la próxima estación una sencillez de la cual estábamos desacostumbradas. Los raros figurines que nos llegan son casi todos de modelos de trajes para luto. Damos dos de los más lindos en esta página.

El primero es para luto liviano, de charmeuse negra con cuello Médicis de puntilla blanca; la toca es negra con aigrettes del mismo color El segundo modelo es para un luto más riguroso, hecho de cachemir y crespón; el gorro es de crespón adornado con azabache opaco. Damos también tres trajecitos para niñas: el primero es de sarga con cuello y cinturón de terciopelo. Se podría hacer el mismo trajecito de brin o cualquier género lavable un poco fuerte. El segundo es para una niña de diez años para arriba; está compuesto de una falda y un saco sin mangas de sarga azul, y de una blusa de crespón blanco. El tercer modelito es para una nena de tres a cuatro años. Se puede hacer de cualquier género lavable, de preferencia con una guarda que sirva de adorno. Estos tres modelos son muy sencillos y prácticos para las vacaciones.





El mejor secreto para tener una buena cabellera es de cuidar los cabellos desde la niñez.

Hay ciertas personas que dicen que los chicos deben tener los cabellos cortos hasta los ocho o diez años; otras aconsejan de no cortar los cabellos. Las dos tienen razón según los casos.

Cuando una niña es sana y robusta y tiene lindos cabellos es suficiente cortarles la punta una vez cada dos o tres meses.



Al contrario, si la niña es delicada, anémica, con tendencias a pocos cabellos, hay que dejarlos cortos, hasta el cuello. Es otro error cortarlos completamente cortos, salvo después de una grave enfermedad.

En todos los casos, después de los diez años no se deben cortar más que las puntas, y con los cuidados que he indicado anteriormente, las niñas tendrán una hermosa cabellera.

Nunca hay que cortar los cabellos después de una comida ni en un período de disgustos o nerviosidad, ni tampoco cuando el tiempo es húmedo.

Hay que cortar los cabellos durante la nueva luna o creciente, si no, paran de crecer. Son creencias antiguas de las cuales se podrá reir, pero he visto tan buenos resultados obtenidos al seguirlas, que las recomiendo; de todos modos no cuesta nada hacerlo.

Es muy malo rizar u ondular los cabellos de los chicos; si se cepillan bien todos los días y se lavan una o dos veces al mes, quedarán tan suaves y brillantes que serán hermosos aun sin rizarlos.

Cuando una niña es delicada y tiene los cabellos secos, es bueno friccionarlos de cuando en cuando con una mixtura de ron y aceite de ricino.

El mejor shampoing para las niñas consiste en batir una yema de huevo con una cucharada de ron; friccionar con esa mixtura toda la cabeza y después lavarla con agua tibia. El amoníaco limpia muy bien los cabellos grasientos; una cucharada de amoníaco en una palangana chica de agua; después lavar con agua tibia.

La esencia mineral limpia muy bien los cabellos secos o grasientos; conviene a las personas que no quieren o no pueden mojarse la cabeza.

Hay que tomar muchas precauciones; usarla de día y evitar de acercarse a la luz o al fuego durante muchas horas después de usarla.

En resumen, para tener lindos cabellos hay tres cindiciones indispensables: aire, limpieza y una buena salud.

Las causas más frecuentes de la caída de los cabellos son los lavajes demasiado frecuentes y la falta de sol y aire.

Hay que acostumbrar a los chicos a ir con la cabeza descubierta. Si hay mucho sol, un sombrero liviano es suficiente.

La limpieza de los cabellos impide agarrar enfermedades contagiosas.

Una cabellera grasienta, llena de polvo, atrae toda clase de microbios. Una última recomendación para las mamás: no abuséis de los postizos. Compradlos siempre en casas de confianza, si no, podrían estar mal preparados o mal limpiados, y si vienen de una cabeza malsana se podría contraer alguna enfermedad.

Adoptando las precauciones que he indicado, desde la niñez los cabellos tendrán una fuerza, flexibilidad y brillantes duraderas.

AURORA.

TURRONES



Ofrecemos los mejores artículos especiales para las fiestas.

TURRONES de Alicante, Jijona, Yema, Fruta, Nieve, Avellana, Guirlache, Cádiz, el kilo $ **3.25**

PELADILLAS de Alcoy, Piñones de Castilla y Almendras garapiñadas, el kilo . . . . . $ **3.50**

MAZAPANES de Toledo, en cajas de kilos 1|2, 1, 1 1|2, 2, 3, 4 y 6, el kilo pesos. **3.90**

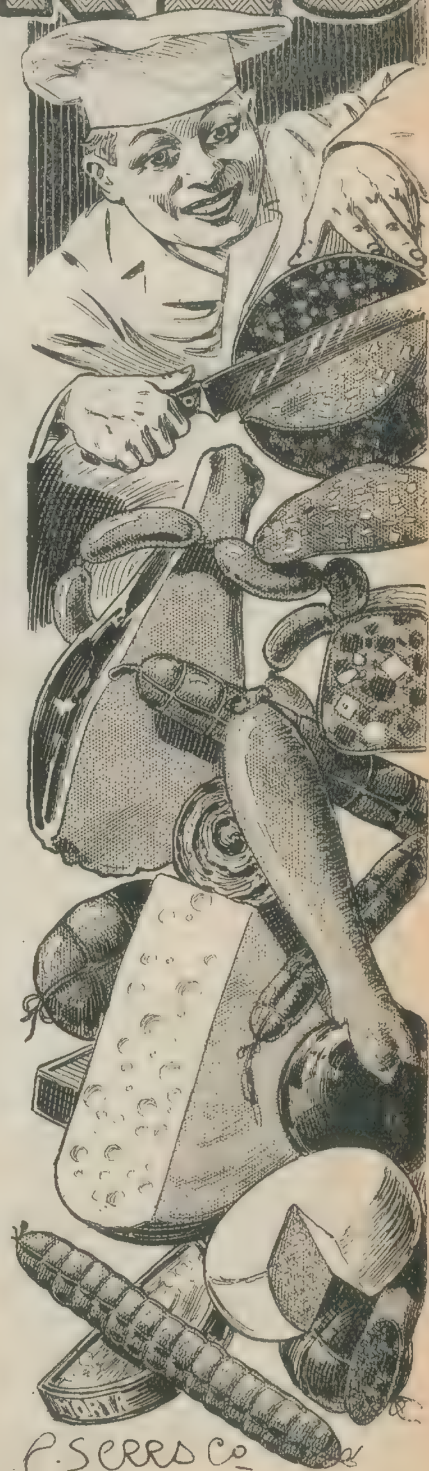
PAN DULCE a la Milanesa y a la Genovesa, en panes de kilos 1, 2, 3, 4 y 5, el kilo . . . $ **1.60**

THE SOUTH AMERICAN STORES — BUENOS AIRES, LONDRES, PARIS.

GATH & CHAVES Ld.

Departamento de Comestibles—Bmé. Mitre y Florida

FIAMBRES



Nuestra sección Fiambrería, instalada de acuerdo con todos los adelantos modernos, está atendida por personal de sólida preparación. Ofrecemos diariamente los más variados y exquisitos platos, y aceptamos encargos para la preparación de cualquier especialidad.

Los siguientes artículos son importados por nuestra Casa.

Bondiola italiana, de Bellentani....................	cortada	kilo	$ 4.50
Jamón inglés, de York, crudo, J. R. Adamson......	cortado	»	» 5.—
Jamón inglés, de York, crudo, J. R. Adamson......	por pieza	»	» 3.60
Jamón inglés, de York, cocido, J. R. Adamson......	cortado	»	» 6.50
Jamón alemán, de Westfalia, ahumado...............	por pieza	»	» 5.—
Mortadella de Bologna, de Bellentani...............	cortada	»	» 4.50
Salame extra, de Milán, de Citterio.................	cortado	»	» 3.50
Salame extra, de Milán, de Citterio.................	por pieza	»	» 5.—
Salchichón de Vich, extra..	cortado	»	» 5.—
Surtido de estos mismos fiambres...............	cortados	»	» 6.—

VINO

MÁLAGA AÑEJO

DULCE

Importado exclusivamente por nuestra Casa de las afamadas bodegas de

A. CABALLERO & SOBRINOS. - Cádiz y Málaga

Delicioso vino, especial para postre, masas, frutillas, etc. Recomendamos probar este exquisito vino, a cuyo objeto lo vendemos al precio excepcional de

$ 0.95 la botella y
$ 11.00 el cajón de 12 botellas

THE SOUTH AMERICAN STORES — BUENOS AIRES, LONDRES, PARIS.

GATH & CHAVES Ld.

Departamento de Comestibles—Bmé. Mitre y Florida



Las dos mejores marcas

Sancy Pere & Fils y A. Pierlot & Cie.

de REIMS (Francia)

Importadas exclusivamente por nuestra Casa

Champagne Sancy, Carte Blanche (dulce) botella magnum...........		botella	$ 7.90
Champagne » » » » » »	cajón	6 botellas	» 44.50
Champagne » » » »		1/1 botella	» 4.—
Champagne » » » »	cajón	12/1 botellas	» 45.—
Champagne » » » »		1/2 botella	» 2.25
Champagne » » » »	cajón	24/2 botellas	» 51.—
Champagne » Extra Dry (seco)...........................		1/1 botella	» 4.50
Champagne » » » »	cajón	12/1 botellas	» 51.—
Champagne » » » »		1/2 botella	» 2.50
Champagne » » » »	cajón	24/2 botellas	» 57.00
Champagne » Brut (seco natural)........................		1/1 botella	» 4.50
Champagne » » » »	cajón	12/1 botellas	» 51.—
Champagne » » » »		1/2 botella	» 2.50
Champagne » » » »	cajón	24/2 botellas	» 57.—
Champagne » Goût Americain..........................		1/1 botella	» 4.90
Champagne » » »	cajón	12/1 botellas	» 57.—
Champagne Pierlot Doux (dulce)........................		1/1 botella	» 6.50
Champagne » » »	cajón	12/1 botellas	» 73.—
Champagne » » »		1/2 botella	» 3.50
Champagne » » »	cajón	24/2 botellas	» 77.—
Champagne » Goût Americain (demi-sec)................		1/1 botella	» 6.25
Champagne » » » »	cajón	12/1 botellas	» 69.—
Champagne » Brut (muy seco)...........................		1/1 botella	» 6.50
Champagne » » » »	cajón	12/1 botellas	» 73.—
Champagne » » » »		1/2 botella	» 3.50
Champagne » » » »	cajón	24/2 botellas	» 77.—

Nuestro surtido de Champagnes es muy extenso y comprende las siguientes acreditadas marcas: G. & H. Mumm & Co. — Pommery & Greno — Moët & Chandon — V. Clicquot Ponsardin — L. Roederer — Ayala — Gancia, etc., etc.

THE SOUTH AMERICAN STORES BUENOS AIRES LONDRES PARIS.

GATH & CHAVES LD.

Departamento de Comestibles—Bmé. Mitre y Florida

Tenemos en venta los famosos vinos champagnizados de la casa **NATHANIEL JOHNSTON & FILS,** de Bordeaux.

FRAY MOCHO

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTISTICO Y DE ACTUALIDADES

LUIS PARDO — REDACTOR | CARLOS CORREA LUNA — DIRECTOR | JOSE M. CAO — DIBUJANTE

Año III | BUENOS AIRES, 18 DE DICIEMBRE DE 1914 | N.º 138

Después de aquello



—Circulen, señores. Ha quedado restablecido el tráfico.

Dib. de Cao

Visiones de la guerra

EL RASTRILLO

Detrás del ejército de los aliados, que ocupa una línea de quinientos kilómetros (el frente de batalla más grande que se conoce en la historia), existe una segunda línea de tropas sueltas, conocida con el nombre de "el rastrillo".

Este ejército-rastrillo, avanza lentamente a espaldas del verdadero ejército, examinando, removiendo, desmenuzando todo lo que éste deja detrás. Regimientos y baterías ocupados en repeler al enemigo y deseosos de avanzar sin pérdida de tiempo, no pueden detenerse en la exploración del terreno que ganan. Su trabajo es ir adelante.

A continuación pasa el "rastrillo" sobre la tierra reconquistada y saliéndose de los caminos registra los campos y los bosques, penetra en las cuevas, no deja un repliegue sin examen.

Este segundo ejército está compuesto de gentes que curan y gentes que juzgan y fusilan si es necesario: de ambulancias y hospitales de la Cruz Roja y gendarmes acostumbrados a husmear el campo para el descubrimiento del enemigo. Destacamentos de tropas exóticas, tiradores argelinos, spahis, jinetes marroquíes, soldados acostumbrados a la vida de emboscadas y al descubrimiento de pistas, como los héroes de las novelas de aventuras, ayudan en su tarea a los viejos guerreros de la ley y a los pelotones de territoriales.



Lady Dorotea Feilding, conversando con una dama británica de la Cruz Roja a caballo, en Bélgica

Cuando el "rastrillo" avanza sobre un nuevo terreno, los que llevan en la manga la purpúrea cruz se esparcen por todo el horizonte como benéficas hormigas, inclinándose ante los surcos, explorando los barrancos, descendiendo a los embudos abiertos por los obuses, arrastrando la camilla o el camión automóvil a través de los setos, los arroyos y las rocas. Van en busca de los heridos olvidados por el gran ejército en su avance. Son los tristes recolectores de la paja y los residuos de la victoria. El fruto de la cosecha gloriosa es para los que se baten.

Estos peones humildes de la ciencia van avanzando, como una esperanza de posible salvación, por el inmenso campo lúgubre. Se estremecen lejanos montones de tierra, que luego resultan cuerpos humanos. De las entrañas del suelo surgen gritos de angustia, que parecen venir de otro mundo; llamamientos de muerto resucitado. Los enormes proyectiles de la artillería moderna hieren y entierran al mismo tiempo. La masa explosiva al deshacer una trinchera hunde a sus defensores sanos y heridos, un par de metros debajo del suelo.

No son únicamente hombres los que van en busca del herido y el moribundo por la llanura roída y desfigurada bajo el pateo de las bestias y el férreo mordisco de los proyectiles. El ejército-rastrillo tiene numerosas mujeres, diferenciándose en esto del ejército de primera línea, donde imperan tiránicamente Joffre y French en nombre de la moral militar, prohibiendo que se acerque ninguna. Las más, parecen mariposas blancas al correr el campo con las albas tocas flotantes, inclinándose para hundir las antenas de sus brazos, desnudos y frescos, en el barro sangriento, abarcando la carne destrozada. Otras van vestidas como los hombres, con pantalones, altas botas, capote y un casco blanco. Son inglesas cuya esbeltez, avara de curvas, hace posible este uniforme. Abriendo con libertad sus piernas gimnásticas, llegan hasta la línea de fuego, a través de los peligros. Algunas han sido heridas por el estallido de un obús. Estas damas errantes y valerosas, piden al operador el fragmento de acero extraído de su herida y lo contemplan. "¡Muy curioso!... Original!" Luego lo hacen montar en un marco de oro para exhibirlo sobre el pecho como una condecoración.

Las reservas armadas del "rastrillo" exploran los escondrijos del paisaje, en busca de enemigos extraviados y ocultos. Toda retirada, por ordenada y serena que sea, deja fragmentos del ejército que retrocede, enredados y fijos en las sinuosidades del campo de batalla.

Gendarmes, tiradores convalecientes, soldados indígenas, jinetes cobrizos, avanzan sueltos o en pequeños grupos, con el fusil preparado, por bosques y cañadas, sacudiendo los matorrales, examinando los cadáveres, rodeando las colinas, hundiendo la bayoneta en las parvas de heno que no ha incendiado el enemigo.

Entre las mallas de su red van quedando prendidos los rezagados alemanes. Surgen de todas partes como apariciones de teatro: del fondo de la tierra, de los grupos de árboles, de los huecos de las rocas.

Se presentan con las manos en alto, sin armas, gritando lo único que saben de un francés pintoresco, aprendido previsoramente para el caso de una rendición.

—¡Kamarades! ¡Kamarades!... ¡Non caput!...

Al principio de la guerra les contaron que los franceses sacaban los ojos a los prisioneros, con otros horribles martirios. Luego han sabido que todo era mentira, y aprovechan las ocasiones de libertarse del frío de las trincheras y la escasez de comida.

El alemán, formando rebaño, bajo la vigilancia del noble oficial que con el revólver cuida del valor de sus hombres, sabe batirse como un buey rabioso y tozudo. Pero apenas queda solo o en pequeño grupo, se le ocurre que no sería malo descansar como prisionero en un campo de concentración. Los franceses son bondadosos y dan bien a comer. "Kamarades, non caput". Y sale del escondrijo en que se refugió al quedar aislado de los suyos.

A veces, cuando sabe algo más de francés, apela al supremo argumento para que respeten su vida y no caigan en la tentación de darle "caput".

—¡Kamarades!... ¡Mujer y cinco hijos!

Y lo dice como si exhibiese un título supremo; cual si los franceses que le prenden no se hallasen muchos de ellos en el mismo caso.

El marido de su mujer, el padre de sus cinco hijos, una hora antes ha estado matando con la mayor tranquilidad a otros que también eran esposos y padres.

* * *

Hay en esta guerra episodios sueltos que por su novedad, hacen palidecer el interés de las más estupendas novelas de aventuras.

Hazañas de valor personal se han visto y se verán en todas las guerras. Lo que resulta más extraordinario es el heroismo y la tenacidad de un puñado de hombres que queda aislado de su ejército, rodeado de enemigos por todas partes, y sin embargo no quiere rendirse y sigue luchando con la esperanza de volver a incorporarse a los suyos.

Cuando el ejército francés se retiró a principios de Septiembre de la frontera de Bélgica a las orillas del Marne, una compañía de infantería quedó separada del grueso de las tropas por un error de marcha. Al intentar volver sobre sus pasos, era tarde. Los alemanes en

An die deutschen Soldaten!

Es ist nicht wahr

dass wir, Franzosen, die deutschen Gefangenen erschiessen oder mishandeln.

IM GEGENTEIL,

unsere Kriegsgefangenen werden gut behandelt, und bekommen gut zu essen und zu trinken.

Diejenigen von euch, die dieses erbärmlichen Lebens überdrüssig sind, können sich ohne Angst den französischen Vorposten unbewaffnet melden.

Sie werden dort gut empfangen werden.

Nach dem Krieg, darf jeder wieder nach Hause.

Curiosa proclama lanzada por los aviadores franceses en las líneas alemanas. Dice: "A los soldados alemanes: No es cierto que los franceses maltratemos o fusilemos a los prisioneros alemanes. Al contrario, nuestros prisioneros de guerra son tratados muy bien, y reciben buenos alimentos y bebidas. Aquellos de vosotros que estén cansados de esta vida miserable, pueden presentarse desarmados y sin ningún temor a las avanzadas francesas; serán muy bien recibidos. Después de la guerra, cada uno podrá volver a su casa"

su avance continuo se habían interpuesto entre ella y el ejército francés.

Lo lógico era rendirse pero nadie, desde el capitán al último soldado, pensó en esto. Creyeron todos en la posibilidad de abrirse paso; esperaron que una contraofensiva de los franceses los pusiera en contacto con éstos. Y la compañía, unos doscientos hombres, vagó como una tropa fantasma por las espaldas del ejército invasor, ocultándose de día y atacando de noche, con la heroica y absurda ilusión de romper el cerco.

Más de dos meses vivió este grupo de locos tenaces, en el seno de la masa invasora, intentando sorpresas que consideraba el enemigo estupefacto como obra de los habitantes del país. Su temerario valor fué gastándose en estos ataques inverosímiles, como las uñas de un hombre que pretendiese perforar una montaña. El capitán y más de la mitad de los hombres murieron en los ataques nocturnos. El teniente con los restos de la compañía, heridos, enfermos y hambrientos, acampó en las inmediaciones de una granja francesa. Los dueños de ésta, exponiéndose a ser fusilados, guardaron el secreto. Vivieron ocultos en unas rocas, lo mismo que náufragos refugiados en un islote, o caminantes perdidos en el desierto. De noche salían a rastras para alimentarse con patatas crudas o remolachas de los campos inmediatos. No podían encender fuego por miedo a llamar la atención de los enemigos que estaban cerca.

Sobrevino el invierno. Los fríos remataron a los débiles. En el corazón de Francia estos franceses que habían partido a la guerra en pleno verano, fueron muriendo lo mismo que mueren los exploradores perdidos en las soledades del Polo. Las lluvias incesantes y el viento glacial los persiguieron en su retiro inclemente. Algunos cerraban los ojos como si quisieran dormir y no despertaban más.

Podían haber salido de esta mísera situación con sólo dirigirse a cualquiera de los campamentos enemigos, cuyos humos veían desde su escondrijo. La supeditación del prisionero era preferible a esta vida salvaje, sin los medios de que disponen los salvajes. Pero nadie quería rendirse.

Después de dos meses y medio sólo quedaban válidos el teniente y un soldado. Heroicamente testarudos quisieron realizar lo que la compañía no había podido hacer, y después de muchas aventuras atravesaron las líneas enemigas uniéndose a los suyos.

Joffre acaba de dar la Legión de Honor a este oficial y a su compañero.

* * *

El ejército-rastrillo es todo lo que se puede ver cuando se intenta visitar el campo de batalla.

Los destacamentos de territoriales, y los gendarmes cumplen sus deberes con gran escrupulosidad y salen al paso de todo el que llega, como perros viejos y desconfiados. Inútil querer conmoverles. El soldado joven que se bate en primera línea, es tolerante y generoso, pues no conoce otro peligro que el que ve en frente. Los que vigilan a su espalda viven en perpetuo y justo recelo. Tienen que combatir a un enemigo que no da la cara, que carece de uniforme, y está en todas partes, adoptando las formas más diversas.



En las calles de Furnes.—Artilleros franceses e infantes belgas, interrogando a un argelino que vuelve del campo de batalla



En Ypres. — Una trinchera en la línea de fuego

Este enemigo es el espionaje alemán; el más grande y múltiple que se conoció nunca.

Un tratadista de Alemania ha dicho con orgullo. "Lo mejor que tenemos es la artillería y el espionaje".

Las tropas del "rastrillo" trabajan continuamente contra el espionaje. Mientras el ejército de primera fila está luchando, ellas guardan sus espaldas para evitar los informes al enemigo. Los espías viven confundidos con la población del país, y adoptan novelescos disfraces: hombres que van vestidos de mujer: mujeres que disimulan sus idas y venidas con un hábito de monja o de enfermera; oficiales alemanes que se fingen pastores o carreteros... Hasta perros espías existen que son portadores de misivas al campo enemigo.

Más de una vez los gendarmes hacen bajar de un carretón a una robusta aldeana de exuberantes formas. Le tiran suavemente del pelo para ver si es natural. El pelo resiste al tirón. Es una mujer. Pero el excesivo desarrollo del pecho y de otros salientes de su cuerpo inspira sospechas. Y cuando un registro por mano femenil permite apreciar el secreto de las exageradas morbideces, salen a la luz dos o tres palomas mensajeras, hábilmente disimuladas para transmitir los informes del espionaje.

Todos los detenidos van a parar a los "prebostazgos" que funcionan a retaguardia del ejército; consejos de guerra sumarísimos, tribunales de fallo instantáneo, encargados de decidir la suerte de los espías, merodeadores, y ladrones de cadáveres que pululan a espaldas del ejército.

Al iniciarse la guerra las autoridades francesas se mostraron algo débiles, por el deseo de no salirse de la legalidad. Los primeros espías presos en París fueron juzgados con arreglo a los procedimientos normales, y sus penas no pasaron de algunos años de presidio.

Aquí, en el radio de acción del ejército-rastrillo los jueces de bigote cano y uniforme de campaña no se preocupan de que Francia es una democracia respetuosa de las leyes, como dicen los magistrados de París.

Se fusila con frecuencia y con razón. Y sin embargo por mucho que fusilen los jueces marciales no conseguirán desarraigar completamente el espionaje enemigo que desde hace años está esparcido en esta tierra. Muchos alemanes viven en Francia como ciudadanos naturalizados. Otros exhiben documentos para demostrar que son de los Estados Unidos o de cualquier otra república de América. Pero todos trabajan igualmente por el aportamiento de noticias a su verdadera patria.

Los soldados que hicieron la guerra en Africa y están habituados a castigar al enemigo, duramente y sin escrúpulos, han instaurado una moda de ejemplaridad para aterrar a los espías.

Cuando fusilan a uno de éstos, lo dejan expuesto veinticuatro horas.

El viajero curioso que transita los campos de batalla de ayer, a espaldas del ejército que se bate, recuerda a los mercenarios de "Salambó" que encontraban filas de crucificados al avanzar por los caminos.

Amarrado a un poste aparece un cadáver, puesto de rodillas, inclinado por el último estremecimiento agónico, buscando el suelo con la cabeza y los brazos, sostenido únicamente por las vueltas de cuerda que se hunden en su tronco, como en un odre hinchado. En lo alto del poste un papel manuscrito: "Pour espion".

Otras veces los encuentros son menos terroríficos.

Un grupo de territoriales rodea a unos prisioneros con sonriente curiosidad. Son alemanes de pequeño cráneo, grandes orejas de abanico y poderosa mandíbula; campesinos o trabajadores que la guerra ha querido convertir en héroes.

Los alemanes de clase superior, al caer prisioneros, muestran una altivez orgullosa o un silencio digno. Estos otros, al verse en poder del enemigo, sólo tienen una preocupación: comer. Con la mirada lacrimosa y la sonrisa humilde, parecen acariciar el pan, el café, la carne, todo lo que los franceses reciben para su manutención.

Los territoriales se divierten dando de comer a sus prisioneros. ¡Qué estómago cavernoso! ¡Qué mandíbula incansable! parece que no hubiesen probado el alimento desde que se pusieron en campaña a principios de agosto.

Le dan a uno de ellos un pan de dos libras, y con unas cuantas dentelladas, la mandíbula-molino lo tritura, lo devora, lo hace desaparecer casi instantáneamente.

Los franceses, siempre amigos de diversión, ríen bonachonamente, encontrando muy interesante el espectáculo. El alemán ríe también con una humildad de animal marrullero.

Le largan el segundo pan y se lo traga igualmente, sin visible esfuerzo.

Al ver que no le dan más, se pone melancólico.

—Yo familia—dice para enternecer a sus guardianes. El padre de mis hijos tiene hambre.

El juego ha mermado considerablemente los víveres del destacamento, y un francés contesta:

—Aguántate "boche". Si el padre de tus hijos tiene hambre, los maridos de nuestras mujeres también necesitan comer.

Vicente **BLASCO IBAÑEZ.**



CARTAS EXTRAVIADAS

"A GRANDES MALES..."

Carta que, poco ha, encontré
en la mesa de un café.

Querido Timoteo: Estoy desesperado.
Ya sabes que mi novia es super-caprichosa.
Pues bien: ahora le ha dado por hacerse estudiosa
y a mí, con tal capricho, me tiene reventado.
Ya no quiere llamarme "mi pichón adorado",
ni me quiere besar, ni se hace la mimosa;
ahora me habla sólo de leyes y me endosa
"latas" interminables. ¡Parece un diputado!
Yo ya no sé qué hacer y temo por mí mismo.
¡Esta mujer me abruma, me cuece a fuego lento!...
¡Maldita sea la hora que nació el "feminismo"!
¿Qué querrá ser al fin? ¿Tal vez ser "sufragista"?
¡Ah! pero ¡Dios la libre! si es eso la reviento:
¡si ella se hace "votante", yo me hago "futurista"!!

Dib. de Hans.

D. J. FIRPO GARELLI.

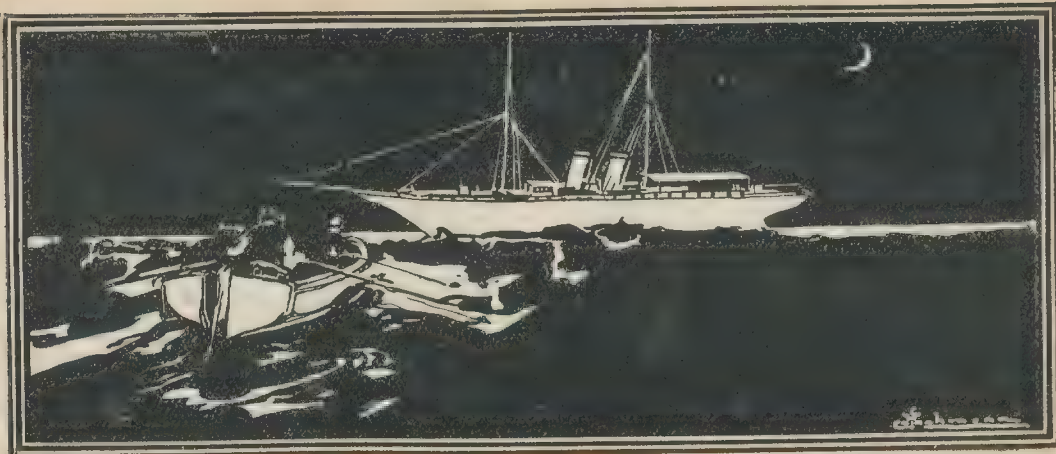
CARICATURAS CONTEMPORÁNEAS

FERNANDO DE RUMANIA, por CAO



Sucedió a su papá, y ya —
como a la guerra se inclina —
parece ser que no opina
lo mismo que su papá.

El espionaje antes de la guerra



LOS GUANTES DE ALGODÓN

por **WILLIAM LE QUEUX**

(Traducido especialmente para FRAY MOCHO.)

** Mucho antes de declararse la guerra europea, Mr. William Le Queux, el prestigioso escritor inglés, publicó en Londres sus "Revelaciones del servicio secreto", emocionante serie de historietas cuyo tema era el espionaje internacional. Publicamos una de dichas historietas, de extraordinario interés en estos momentos.*

Nunca puedo mirar el algodón negro de unos guantes de sirvienta sin sentir un estremecimiento de horror. Los más terribles y peligrosos momentos de mi vida aventurera, directamente se relacionan con unos guantes de algodón. En verdad, a veces pienso que fué una escapada providencial. Un agente del servicio secreto pasa por muchas e increibles aventuras; pero ninguna, en toda mi carrera, tan notable como este asunto de los guantes.

Me hallaba tranquilamente, gozando en el club, de los brillantes días primaverales, y descansando, después de una larga y fastidiosa misión: la pesquisa de unos informes que me hizo ir y venir tres veces a través de Europa. París, Constantinopla, San Petersburgo, Palermo y Amsterdam, fueron, entre otros, los lugares que visité corriendo, y no hacía más que una semana que había descendido del tren en la estación de Charing Cross, de sombrero blando sobre los ojos, alzado el cuello del gabán, embarrado y muerto de cansancio.

Sin haber fracasado enteramente, tampoco llegué a obtener lo que quería. Estaba disgustado con el mal éxito, y al siguiente día de llegar, manifesté mi descontento al sagacísimo jefe, Sir Charles Houghton, en cuanto nos sentamos en la oficina de Whitehall. Pero él se limitó a reir, diciendo:

—No piense más en eso, querido Morrice, no sea gruñón. Otra vez tendrá más suerte. Vd. sabe que es imposible salir siempre triunfante.

—Si no hubiera tenido la desgracia de encontrarme cara a cara con aquel endemoniado Bloch en la plaza de San Marcos de Venecia, llego a saber toda la verdad.

—¿El lo conoció? — dijo sonriendo el jefe. — No es muy amigo suyo, eh?

—No, desde el asunto de la Triple Alianza, en que, como Vd. recordará, conseguí muy pronto datos sobre las intenciones de Austria, — respondí. — Supongo que empezó a odiarme en su carácter de uno de los principales espías al servicio de nuestros amigos de Berlín. Al momento en que mis ojos tropezaron con él en Venecia, comprendí que todos mis esfuerzos serían vanos.

—Bloch es un hombre peligroso — exclamó Sir Charles. — Dos veces le han inculpado asesinatos, y los dos, gracias a la protección de sus jefes, ha logrado verse libre. Es curioso que algunas potencias empleen criminales en el servicio secreto.

—Así es — observé — ¿No hemos comprobado, sin ningún género de duda, que el pobre presidente Félix Faure fué asesinado por agentes secretos con un cigarro envenenado, y no han ocurrido hace poco otras muertes rodeadas de circunstancias muy sospechosas?

Sir Charles asintió gravemente.

—Sí, Morrice — contestó, hamacándose suavemente en la silla. — Tiene razón. Por lo menos, la pérdida reciente de uno de los monarcas europeos, no se debe a causas naturales. Vd. sabe a quien me refiero. ¿No es así?

Me incliné afirmando. Era una extraordinaria historia, a la que no dimos crédito, mientras no investigamos y comprobamos terminantemente que el fallecido monarca había sido asesinado. Por cierto, la falta de escrúpulos de algunas de las grandes potencias, no reconoce límites. Saben la verdad, los hombres de quienes se burla la gente llamándoles "deshace-tratados".

Un sabiondo moderno dirige al gobierno y aumenta el territorio tan implacablemente como lo aumentó la república veneciana o el sagrado imperio romano. El "gabinete negro" de cada cancillería podría suministrar algunas verdades asombrosas, muchas de las cuales son bien conocidas por nosotros en Whitehall. Hablemos de ellas con tanta prudencia como Sir Charles. Para combatir estas hábiles intrigas fraguadas contra Inglaterra por hombres y mujeres, que son maestros en el arte, luchamos sin cesar, y siempre los derrotamos con sus propias armas.

Son tan ridículas las leyes inglesas, que carecemos de una legislación efectiva contra el espionaje. Nuestro país hormiguea de agentes extranjeros, de los que poseemos largas listas. Pero la policía es impotente para impedirles que reunan informes destinados a usarse el día en que Alemania caiga de golpe sobre nuestras costas.

Ya sé que es muy común reir cuando se habla del peligro de la invasión. Pero a veces deseo que los que están muy cómodos en sus casas, fumando en pipa y leyendo descaminados periódicos; o las señoras, que confortablemente se arrellanan en sus salas, sonriendo a la idea de que soldados extranjeros puedan alojarse allí, — tuvieran oportunidad de echar una ojeada a ciertos legajos de estupendas pruebas guardadas en los grandes cofres del "Departamento Sin Nombre".

Seguramente perderían los colores del rostro si

vieran lo que allí está escrito, en negro sobre blanco, acerca de los torpes y criminales planes fraguados por el enemigo para destruirnos.

Ningún inglés se enorgullece tanto con nuestro valeroso ejército o con nuestra espléndida armada, como yo mismo; pero pregunto: ¿no será nuestra mezquina organización militar algo así como una partícula de aserrín en la palma de la mano, que un soplido puede disipar; y no será innocua nuestra espléndida armada, contra los submarinos, esas insidiosas avispas del océano, o contra las bombas de los globos dirigibles o de los aeroplanos?

Búrlense ustedes, rían y critiquen cuanto quieran, pero tengan por seguro que el día de la omnipotencia de Alemania está muy próximo. Si no estamos preparados, ella romperá sus compromisos y arrasará nuestra tierra con el fuego y la espada, hasta que su guerrero monarca pueda ceñir la guirnalda de laureles del conquistador.

Tal era el punto que habíamos discutido con Sir Charles.

—Sí — dijo — en la reunión de ayer sometí al consejo de gabinete nuestras últimas informaciones. Pero ¡ay! no fueron examinadas con la seriedad debida. El gobierno está demasiado ocupado en los asuntos internos, para pensar en la defensa nacional.

—Y el dinero alemán — repuse — ha hecho imposibles para provocar toda esa agitación. Las revelaciones de Godberg nos han abierto los ojos. Aquella lista de ingleses conocidos que reciben dinero de la caja del servicio secreto alemán, no puede ser más instructiva. Me imagino lo que diría el público británico si saliera la lista en los diarios!

—¡Ah — exclamó el jefe — si pudiéramos atrevernos! Pero ¡qué digo! nuestra tarea debe realizarse en secreto. Nuestra existencia debe quedar ignorada. Los informes que obtenemos, únicamente son para los ojos y los oídos del gabinete, no para el público general.

Abrumado por hondas reflexiones, volví al Club St. James. Nadie, en Inglaterra, sentía más vivamente que yo, el gran peligro que amenazaba al país.

Me repantigué en un cómodo sillón, y pensativamente, contemplé a través del Picadilly el fresco césped primaveral del parque. Como la estación estaba en pleno vuelo, numerosos coches pasaban y repasaban. Muchos hombres, los más de ellos diplomáticos extranjeros, a quienes había conocido en diversas capitales de Europa, iban y venían, congratulándose al ver que yo, el incansable viajero, estaba otra vez de regreso.

Transcurrieron tres días. Al cuarto, en el momento en que volvía a casa a vestirme para la comida, el sirviente me entregó una carta, llevada a la mano, por la que otorgó recibo.

Era el acostumbrado y familiar sobre gris que maliciosamente sugiere la idea de una cuenta de proveedor. Al abrirlo, encontré otro sobre, un papel delgadito, sellado y lacrado, en el que, la palabra "Secreto" se mostraba en una atrevida letra redonda. Dentro, una lacónica nota de Sir Charles, me decía que acababa de llegar al Departamento la noticia, dirigida a mí, de que Alemania había iniciado *pour parlers* con Austria, con objeto de celebrar entre las dos potencias un tratado secreto. En consecuencia, me ordenaba partir de Londres esa misma noche para tratar de obtener conocimientos precisos de las negociaciones confidenciales, ya en activo progreso.

Comprendí al punto la extrema gravedad de la situación. Si semejante tratado secreto llegaba a firmarse, las defensas totales de Austria, su nueva escuadra, sus grandes dreadnougnts y sus talleres navales de Trieste, Fiume y de cualquier otra parte, iban a estar a la disposición de nuestros veleidosos amigos de Berlín. Ya sospechábamos, desde hacía mucho tiempo, que la docena, más o menos, de nuevos destroyers y cruceros austriacos estaba destinada a aumentar la armada imperial alemana; y bien veía ahora, que de firmarse un tratado así, ya en progreso, quedaría Inglaterra en una posición gravísima, pudiendo ser atacada en cualquier momento.

Nuestra única salvación estaba, pues, en obtener un conocimiento inmediato de las cláusulas exactas del tratado antes de que se firmara. Nuestro gobierno podría entonces obrar con el tacto y la firmeza necesarios para obligar a Austria a declinar las tentadoras propuestas de sus vecinos.

Me eché en el sillón, que ¡ay! tan raras veces podía ocupar, y volví a leer la carta escrita en la clara letra del jefe.

"Tengo que hacer una diligencia en Windsor esta tarde, por cuya razón no podré verle" — escribía finalmente. "Dejo, sin embargo, el asunto por completo en sus manos, para que con prudencia y discreción lleguemos a conocer la verdad exacta. He ordenado a Verney que se junte con Vd. esta noche en la estación de Charing Cross y se ponga a su disposición. Le deseo el mejor éxito en su cometido, pues, le recuerdo, de su acierto depende la salvación de Inglaterra."

¡La salvación de Inglaterra! ¿No habíamos discutido esto mismo en la oficina de Whitehall, apenas hacía cuatro días? La diligencia de Windsor me demostraba cuánta gravedad se asignaba a la situación en las altas esferas. ¡Y a mí se me confiaba esto, lo más importante del servicio secreto!

Pedí al sirviente cuanto me hacía falta, y mientras lo empaquetaba, borroneé unas cuantas cartas de excusa a invitaciones que ya había aceptado, y me fuí al Berkeley a comer completamente solo.

Luego, a eso de las nueve, cuando ya se había extinguido el melancólico crepúsculo de Londres y empezaban a encenderse los faroles, el expreso Continental despaciosamente nos llevó a Verney y a mí a través del Támesis, otra vez afuera, a lo desconocido.

Teddy Verney, con ser un hombre alto, delgado, bien vestido, de bigote negro y apariencia militar, era un aventurero nato, como yo. Su padre había sido cónsul británico en Esmirna, por lo que, desde su nacimiento, era un cosmopolita, y hablaba siete u ocho idiomas. Solos en el compartimiento de primera clase, bajo la luz vacilante de la lámpara, discutíamos nuestro mejor *modus operandi*.

Sería París la primer etapa de un viaje indudablemente largo, y la más importante cuestión que allí decidiríamos era en dónde buscaríamos la información tan urgentemente requerida.

—Inútil pensar en Berlín — dijo Verney encendiendo un cigarrillo exquisito procedente de San Petersburgo, de donde siempre los hacía traer.—A los dos nos conocen demasiado por allá.

—De cualquier modo — observé — donde quiera que vayamos nos encontraremos con Bloch. Probablemente ya sabe que hemos salido de Londres, y sus agentes nos están vigilando.

—Nosotros los vigilaremos a ellos — replicó mi compañero riendo — y será el caso de excitar su ingenio contra nosotros.

Me quedé silencioso. Aquel pequeño sujeto, de barba negra, Adolfo Bloch, aunque quizá no tan enteramente astuto e ingenioso como nuestro jefe, Sir Charles Houghton, era un criminal, sin ningún escrúpulo, a quien empleaba el Departamento alemán de informes a causa de su notable éxito como agente secreto en el servicio ruso. La totalidad del maravilloso sistema de espionaje alemán sobre Europa reside en su organización. Ningún secreto parece a cubierto de él. Los alemanes pagan, y pagan siempre largamente, las informaciones exclusivas.

Reflexioné un largo rato, mientras fumaba. Al fin, me decidí.

—Iremos primero a Viena — dije. — En París no oiremos más que rumores, y los rumores no nos interesan.

—Muy bien — respondió alegremente mi compañero, que estaba listo para cualquier cosa. — Estuve allí hace quince días por aquel asunto de Stolberg.

Quedamos después en silencio, mientras rugía el tren en medio de la oscura noche en su marcha hacia el muelle de Dover.

Ya estaba alto el sol cuando llegamos, en París, a la estación del Norte, y por la rue Lafayette al Hotel Chatham, más allá de la Opera, donde paraba cerca de un par de docenas de veces por año.

Había decidido no salir hasta la noche para Viena, pues primero quería ver a un hombre llamado Lemaire, quien estaba en el Ministerio de Negocios

extranjeros, y a menudo nos vendía informaciones.

Le envié un *petit bleu,* y a mediodía vino a verme al Grand Café. Su respuesta, en cuanto nos sentamos en un rincón, fué negativa. Ni el mínimo rumor concerniente al proyectado convenio austro-alemán había llegado al Quai d'Orsay. Cuando se lo dije, no pudo quedar más sorprendido.

Verney se había adelantado a la embajada, y yo, en cuanto me quedé solo, marché al acaso por la rue de la Paix, indeciso acerca de lo que debía hacer.

De pronto, se me ocurrió una idea, y volviendo por la rue Daumon, me fuí derecho al teléfono.

Media hora después, en un "taxi-cab", marchaba a lo largo de los Campos Eliseos, en el Bois, hasta que descendí en el restaurant Armenonville, el alegre *rendez-vous* de los parisienses para tomar el *aperitif.* Mucha gente estaba ya reunida allí para el *lunch;* pero yo me senté bajo los árboles y esperé diez minutos, al cabo de los cuales llegó un elegante automóvil y de él bajó una rubia, maravillosamente *chic,* ataviada a la última moda, y con impecable buen gusto... *Mademoiselle* Françoise Orliac del Teatro Renaissance.

Me sonrió alegremente bajo su amplio sombrero negro, extendiendo, mientras avanzaba, su bien enguantada mano para saludarme.

—¡Bravo, amigo Hugo — exclamó en excelente inglés. — Esta es realmente una sorpresa agradable. Como Vd. es siempre tan movedizo, jamás se sabe donde está. — Y al decirlo se sentó a la mesa frente a mí.

Era muy grata la permanencia bajo los árboles. Había poca gente en derredor, y podíamos conversar sin miedo a los curiosos.

Ella cotorreaba alegremente, con la *verve* de la verdadera parisiense, como que era una de las más populares jóvenes actrices, y su fotografía, con el novísimo sombrero, o con el novísimo traje, surgía ante los ojos en casi todos los periódicos. Los grandes sastres y modistos parisienses la subvencionaban para que luciera sus sombreros y vestidos en las tablas, en el Bois, en Monte Carlo o en las carreras. La pequeña Françoise Orliac, que trabajaba en la Comedia con tan picantes atractivos, era una figura destacada en el mundo alegre de la capital francesa y el centro de una verdadera corte de admiradores. Estaba relacionada — yo lo sabía — con cierto individuo acerca del cual deseaba obtener algunos informes.

Así, en cuanto hubo charlado, contándome una cantidad de los últimos escándalos, me incliné hacia ella y le pregunté con voz grave:

—¿Recuerda usted, Françoise, si conoce a una persona llamada Gastón Martín?

Durante unos pocos segundos vaciló.

—¿Se refiere usted a aquel hombre que estaba en el servicio colonial, en el Senegal? — preguntó, mirándome.

—Sí, era secretario general. ¿Le conoce usted entonces?

—¿Por qué?

—Necesito saber algo de él.

—¿Por qué está usted tan averiguador? — preguntó mirándome con curiosidad. — Ella me conocía como diplomático; pero, de mi verdadero *metier,* por supuesto, no sabía una palabra.

—Necesito que me diga todo cuanto sepa a su respecto — la dije. — Hago estas averiguaciones en nombre de un viejo amigo. ¿Es casado?

—Sí. Lo visité en su château de La Guerche, cerca de Nevers, el año pasado. Su esposa es extremadamente encantadora. La conocí en París. Varias veces declamé en su casa.

—¿Se fué, según entiendo?

—Aparentemente, sí.

—Cuando Vd. estuvo en el Château ¿eran franceses los demás huéspedes?

—¿Por qué? — preguntó.

—Porque habría sido raro que hubiera algunos alemanes entre ellos — contesté.

—Había un cierto Herr Siegel que procuró hacérseme muy agradable, un chico, de mediana edad, barba negra y un sablazo en la mejilla derecha.

II

Por un momento, guardé silencio. La descripción del tipo me había interesado, aunque su nombre no me fuera nada familiar.

—Dice Vd. que tenía un sablazo en la mejilla ¿No tenía también una pequeña cicatriz bajo la oreja izquierda?

—De eso, no estoy enteramente cierta — replicó. — Pero, me parece que Vd. se toma un interés enorme por esa gente y sus amigos. Si es así, me animo a ayudarlo mucho más, Hugo, porque el alocado alemán fué extremadamente atento conmigo, mientras estuve en el Château, y antes de separarnos canjeamos nuestras fotografías.

—¡Vd. tiene su retrato! — exclamé con ansiedad. — ¿Puedo verlo?

—Sí, en mi departamento. Si se viene conmigo después del lunch, se lo mostraré.

Concluí de merendar, y, con inusitado apuro, engullí el licor, tan ansioso estaba de ver el retrato de Herr Siegel. Se me habían despertado ciertas sospechas y me hallaba inquieto por verificarlas.

Finalmente, llamó ella su automóvil y me llevó a su pequeño y elegante piso de la avenida Kléber, en cuyo bonito salón celeste y oro, sacó de un mueblecillo una fotografía y la colocó ante mí.

Detuve la respiración. Ante aquella áspera y siniestra fisonomía no cabía error. Mis sospechas se habían verificado. El hombre que ante ella se había presentado como Herr Siegel, no era otro que mi implacable enemigo, Adolfo Bloch!

—¡Dice Vd. que estaba en muy amistosos términos con Gastón Martín? — pregunté.

—Sí, y especialmente con la señora, quien lo alababa estrepitosamente.

Al escuchar esto, agucé el oído. ¿Quién sabe si el ingenioso espía alemán no estaba obteniendo informes por intermedio de la señora y pagándola bien por ello? Lo que más me asombraba era que conociera a la esposa de Martín.

—¿Quién era la señora antes de casarse? — pregunté.

—Nadie lo sabe con exactitud — respondió mi amiga. — Era viuda, y vino del *Midi.*

Cuando se hubo quitado el sombrero y los guantes, a pedido mío, se sentó al piano, y, con su clara y bien timbrada voz, entonó una cancioncilla que ella sabía era muy de mi gusto: "En Chantant", de Teodoro Bothel.

Estaba deliciosa, inefablemente encantadora, y cuando concluyó, mirándome frente a frente, exclamó riendo:

—¿Por qué mira Vd. con tanta seriedad, Hugo?

—¿De veras, estaba serio? — exclamé risueño. Me había quedado pensando...

—¿En qué?...

—En el original de la fotografía que acaba de mostrarme.

—¡Ah, en el alemán! Lo había olvidado, por completo — dijo con franca risa.

Un instante después, me había puesto serio de nuevo, y le preguntaba si no había visto a Herr Siegel desde que dejó el château.

—Una vez. Vino a verme, y tomó te conmigo.

Al momento vislumbré la verdad. Al estar allí, seguramente había visto mi fotografía encuadrada en un marco de plata a un lado de la mesa, y a pocas varas de donde me hallaba sentado.

—Y ahora este recuerdo. — añadió ella — cuando vió su fotografía me preguntó de quién era, y se mostró tan interesado por ella, como Vd. por la de él.

—Me interesa este hombre, Françoise, — dije con calmosa seriedad — porque es mi peor enemigo. — Si este hombre pudiera quitarme la vida en secreto, lo haría.

Abrió ella tamaños ojos, muy asombrada de mis palabras.

—¿Y por qué había de quitarle la vida, Hugo? — preguntó. — ¿Qué le ha hecho usted?

—No mucho daño — respondí ligeramente. — Me profesa una gran antipatía, eso es todo.

—Debe ser muy grande, si tiene tantas ganas de matarle — exclamó.

Instantáneamente había perdido el color, y me miraba a la cara con desacostumbrada seriedad.

—Quisiera predisponerla contra él, Françoise — dije. — Ese hombre no debe ser amigo suyo.

—No es mi amigo — respondió vivamente. — Lo único que hay es que él me dió su retrato como un recuerdo de la visita a Nevers, y yo le dí el mío en canje.

—¿Qué le dijo usted acerca de mí?

—Muy poco. Quería averiguar demasiado — respondió prontamente. — Bastante menos curioso le he visto una o dos veces en París últimamente. Juraría que era él, y sin embargo, parecía algo distinto.

Sonreí para adentro, pero no dije nada.

—A la verdad — agregó ella, — creo que ayer mismo le ví cuando iba en coche por la avenida de las Acacias.

—¿Está segura de que era él? — pregunté vivamente.

—Lo sospecho mucho. Iba en traje de sarga azul oscuro, paseando con una señora alta y delgada, de negro. Me vió, pero abrió los ojos como si nunca nos hubiéramos conocido.

—Es muy buen actor — observé sonriendo.

—Estoy segura de que en él hay algún misterio. Dígame cuál es — insistió Françoise con femenina curiosidad.

—Bueno — dije, — pienso que no es exactamente lo que pretende ser. Eso es todo.

—Seguramente en París hay una enormidad de hombres por el estilo — exclamó riendo.

Mientras escuchaba su divertido cotorreo, reflexioné que si Adolfo Bloch estaba en París, era con un objeto esencial. ¿Era posible que visitara a los Martins en calidad de simple amigo de ellos? Y si así fuera, ¿por qué intimaba tanto con la señora, la viuda misteriosa del *Midi*?

Cuando dejé el precioso departamento de mi pequeña amiga, busqué a Teddy Verney y le dí ciertas instrucciones para que permaneciera en París estudiando a Gastón Martín y a sus amigos, mientras yo, esa misma noche a las nueve, volvía a mi angosto compartimento del Viena express, en el que, durante varias horas me entretuve en observar cómo corría el tren a toda velocidad hacia la frontera oriental.

Los días que permanecí en la capital austriaca fueron tranquilos e innocuos. Nuestro embajador, Sir Jorge Armfield, por supuesto, conocía el rumor de la intriga alemana, pero estaba tan ignorante de los últimos detalles, como yo mismo. En el ministerio austriaco de relaciones exteriores, era imposible conseguir ninguna información, tan severamente se guardaba el secreto.

Al cuarto día recibí un telegrama de Verney desde París, anunciándome el envío de una importante carta, que recibí dos días después.

Me esperaba una sorpresa. Según sus averiguaciones, Madame Martin, la viuda provinciana, era nada menos que Freda Marcus, el bien conocido agente secreto femenino de Alemania, la que, en los últimos tres años, súbitamente había desaparecido de nuestra vista.

Ahora veía claro. A consecuencia de su reciente matrimonio con el alto empleado colonial, Martín, se hallaba Madame en contacto con toda clase de funcionarios franceses, a los que sacaría determinados secretos para oportunamente trasmitirlos a manos del ingeniero Bloch, quien, sin duda alguna, había organizado con habilidad este notable vehículo de información. A la verdad, era una formidable combinación la de Freda Marcus con Adolfo Bloch.

A solas, en el severo salón del consejero de la embajada, reflexioné durante largo rato. Si Alemania tenía un secreto, con seguridad era conocido por este par de espías, cuya astucia e ingenio no reconocía rivales.

Sin embargo, lo que Verney había descubierto, me parecía probar que la presencia de Bloch en París respondía a recoger informes obtenidos por su colega femenino, más bien que relacionados con su íntima y formal intervención en la intriga alemana.

Por telégrafo, llamé a Viena a mi colega, y cuando me reuní con él en la noche de su arribo, me contó que mientras vigilaba la casa de los Martins, vió a Madame juntarse clandestinamente con Bloch en un pequeño café, distante del bulevar de los Italianos. En apariencia, Martín ignoraba en absoluto la verdadera profesión de Herr Siegel o las vinculaciones de su esposa con el servicio secreto alemán. Era un patriota francés de la vieja escuela, orgulloso de sus funciones administrativas y de su cruz de oficial de la legión de honor.

Bloch abandonó su hotel — un mediocre albergue vecino a la estación del Norte — tres días antes de mi salida de París. No llevaba más que una valija de mano —según Teddy — y después de pagar la cuenta, desapareció. Probablemente se fué derecho a Berlín.

No había tren a las seis, por lo que no creí que hubiera ido a Alemania. Era más probable que una vez en la estación tomara un cab y se fuera a otro hotel de París.

—Debemos cuidarnos mucho, camarada, — dije. — Porque si él, o alguno de sus agentes, nos ve, nos descubrirán el juego, como me sucedió en Venecia hace una semana.

—Entiendo muy bien — dijo riendo mi alegre compañero — pero ahora que conocemos su método de trabajo en París, espero que lo atraparemos.

No dije nada acerca de mi elegante amiga del teatro Renaissance. Por su intermedio había descubierto la presencia de nuestro enemigo; pero no podía comprender cómo ella, antigua camarada, tenía conexiones con el intrigante.

Aquel día recibí, del jefe, un telegrama urgente, cifrado, preguntándome si había conseguido alguna información, aunque fuera sin importancia. ¿Qué podía contestar? No tenía ninguna. Había sido completamente desgraciado. Era una misión absolutamente descarriada. Y entre tanto, el peligro de la nación crecía hora por hora. La firma de aquel cobarde tratado iba a ser el instrumento de muerte de la nación británica.

Sin duda, nuestra tarea es enteramente novelesca, y corre uno a veces tales aventuras, como si estuviera en una selva africana.

Confieso que miré en torno mío, asustado.

Tamaño secreto, consistente en la destrucción del imperio más grande que ha conocido el mundo, era, convengamos en ello, muy difícil de guardar. Solo a aquellos cuya integridad estuviera probada y asegurada se podría confiar, o a quienes tuvieran un interés directo en callarlo. No era un secreto diplomático ordinario, sino un secreto que únicamente conocían los dos emperadores y sus conspicuos íntimos.

La noticia, según me explicó el jefe, fué dirigida a mi nombre por cierta princesa real, a quien ya he mencionado en estas páginas bajo el nombre de Stana. Pero ella no había conseguido nada tangible. Los hechos que me había denunciado, y que, en mi ausencia, fueron examinados por el jefe, eran obscuros, sin que nada los confirmara. De la observación de ciertos acontecimientos había saltado a una conclusión que nosotros sabíamos ¡ay! demasiado, que era conforme a la verdad.

La rumorosa agitación de las vastas y hermosas calles de Viena me mareó. Por lo común, puedo envanecerme de tener una cabeza despejada, pero en esta ocasión la sentí débil. ¿Dónde hallaría la verdad?

Había llegado a saber que los correos iban y venían diariamente entre Berlín y Viena con incesante actividad. Pero era imposible atrapar despacho alguno de los cambiados entre el canciller imperial de Alemania y el ministro austro húngaro de relaciones exteriores.

Súbitamente, una tarde, mientras charlábamos con Teddy en el "Europe" de la Stephans-Platz, se me ocurrió que si el movimiento político propuesto tenía por fin extender la influencia austriaca hacia el Bósforo, algunos detalles de sus cláusulas podían quizá ser conocidos en Constantinopla. Siendo el kaiser un protector declarado del sultán, éste no podía ignorar el convenio.

La sospecha me decidió. Dos horas después, en el Orient Express, marchábamos a Constantinopla. Cuando, al cabo de dos días, me hallé con el embajador en su amplia y hermosa residencia que dominaba los bonitos jardines de Pera, supe que en esos

últimos días el embajador alemán había ido varias veces a la Sublime Puerta, encerrándose con Tewfik Pachá, en aquel tiempo ministro de negocios extranjeros del sultán. El día anterior, también Su Excelencia había sido recibido en audiencia por Su Magestad Abdul Hamid, hecho que daba mayor auge a mi conjetura.

Ahora bien, tanto Su Excelencia Tewfik Pachá como el secretario general, Noury Bey, eran mis íntimos amigos, por lo que, al siguiente día me dirigí a la Sublime Puerta — el ancho, sucio y ruinoso edificio donde se albergan las oficinas del gobierno imperial otomano — y después de apurar el consabido café y el cigarrillo en la sala de espera, fuí introducido a presencia del director de las relaciones exteriores.

Su excelencia, anciano y fino gentleman de blanca barba, levita y fez, era uno de los turcos más ilustrados, y fué sumamente atento conmigo en el período en que estuve agregado a la legación. Le debía muchos servicios.

Se levantó y me estrechó la mano en cuanto entré, saludándome afectuosamente. Después, recostándose en el sillón de su escritorio, me preguntó por nuestros comunes amigos de Londres. Fumé el exquisito cigarrillo que me ofreció y hablamos de muchos asuntos políticos, aproximándome gradualmente a la cuestión de la conducta alemana en Oriente.

—Francia huele siempre a revuelta — dijo riendo el anciano ministro. — Pero aquí, en el Bósforo, todo está completamente tranquilo. La vieja charlatanería de la guerra de los Balkanes, al fin ha concluído, gracias a Dios.

Me asombré de que me dijera esto como para acallar mis sospechas. El, como muchos otros, me creía un diplomático. No tenía idea de que fuera un miembro activo del servicio secreto.

—Oí decir en Viena, hace una semana, que existía la probabilidad de un convenio con Alemania, — dije como por casualidad.

Me miró a la cara inquisitivamente con sus negros y penetrantes ojos durante un segundo.

—¡Qué disparate, mi querido amigo! No hay nada de eso.

—¿Tal es francamente su opinión? — pregunté.

—Por supuesto. Semejante idea es del todo ridícula — dijo. —Porque ¿qué intentarían? ¿La invasión y aniquilamiento de Inglaterra? Las demás potencias nunca lo permitirían, nunca.

—Pienso — repliqué — que Alemania no habría de consultar a las otras potencias. En cualquier caso, tal convenio sería para Turquía una garantía contra la usurpación.

—Exactamente, y quizá la vuelta a su poder de las perdidas provincias balcánicas — agregó.

Se me paralizó el aliento. ¿Se habría referido inconscientemente al asunto más caro a su corazón, la recuperación de las provincias balcánicas, como un resultado del nuevo tratado secreto? ¿Sería éste el anzuelo echado por el kaiser a su amigo el sultán?

Para ser buen diplomático hay que ser un cumplido mentiroso. Estaba seguro de que no había dicho la verdad al burlarse de la idea de un convenio austro-alemán. Y ahora, lo estaba de que él conocía plenamente los términos sentados por Alemania.

Durante media hora discutimos la situación; pero él se mantuvo tan discreto como una ostra acerca de las proposiciones secretas que segurísimamente le habían hecho, y que él, a su vez, había transmitido en el Yildiz a su imperial amo.

Pensé que en alguna parte de aquella cámara se hallaba una copia del documento confidencial que tanto deseaba obtener, y cuyo conocimiento se esperaba tan ardientemente.

Miré en torno admirando los dos grandes arcones pintados de verde. Estaba tantalizado al verme tan cerca de la verdad, y, sin embargo, seguir sumido en la ignorancia. Y de continuar la ignorancia, indiscutiblemente sobrevendría la caída del imperio británico.

Todavía estaba sentado cuando el mensajero, de fez, entregó la tarjeta del embajador alemán, pero, con un desdén muy turco. Su excelencia dijo simplemente:

—Dígale que pronto le veré — y continuó charlando.

Al fin me despedí, y yendo a otra parte del edificio, encontré a mi viejo amigo, Noury Bey, a quien formulé ciertas preguntas, de las que sólo recibí veladas respuestas.

Un hecho, sin embargo, resultaba claro, a saber, que Alemania había ofrecido a Turquía una gran compensación si no protestaba contra el nuevo acuerdo.

Aquel mismo día, al atardecer, cuando cruzaba el puente de Galata, vi dos damas, turistas evidentemente, acompañadas por un hombre bajito y gordo vestido de franela gris obscura y sombrero de paja. Al momento lo reconocí.

¡Era el ubicuo Adolfo Bloch!

III

Sin un segundo de vacilación, me escurrí tras uno de los vapores amarrados a lo largo del puente y evité que me descubriera. En seguida se me ocurrió que seguramente se había instalado en el Pera Palace, un gigantesco hotel, donde todo el mundo se aloja. Llamé un cab y dirigiéndome al Pera pagué mi cuenta, y me llevé las trampas a la embajada, donde, como ya sabía, siempre estaba listo un cuarto para mí, sobre todo cuando Su Excelencia y su estado mayor marchaba por la mañana a Therapia, el palacio de verano en el Bósforo.

Al siguiente día y al subsiguiente, vigilamos con Verney todos los movimientos de Bloch. Parecía hallarse totalmente entregado a las dos hermosas extranjeras — una Madame Fournier y su hija — pero con qué objeto, era un misterio.

Dejé en observación a Verney, con quien el agudo belga no estaba tan relacionado como conmigo, y volví mi atención hacia otro lado. En la Sublime Puerta, empleado como traductor, había un francés de mediana edad llamado Gustavo Nathan, a quien conocí en la época de mi servicio en la capital turca. Sabía que él, como muchos otros empleados turcos, no era contrario a recibir "aceite de palmera". A la verdad, bajo el régimen de Abdul-Hamid, cualquier cosa se compraba con dinero en Constantinopla. Los espías de palacio estaban en todas partes, y pagando a uno podíais denunciar a vuestro enemigo en el Yildiz, de modo que desapareciera y nunca más se oyera hablar de él, o que se le ordenara abandonar el país en el término de breves horas.

En la vida pública, como en la privada, esta falta de escrúpulos para luchar contra los enemigos era cosa corriente, pues los espías de palacio tenían una tarifa para ciertas denuncias.

En tal temor de ser asesinado vivía el ex sultán, que bastaba que alguno de su séquito le susurrara un nombre al oído para que una desgracia, y quizá la muerte, cayera sobre la infortunada víctima. Como una prueba de lo que digo, puedo agregar que los informes secretos de los espías, encontrados en el Yildiz después de la deposición del sultán, pesaban más de cinco toneladas y contenían revelaciones tan chocantes e inauditas, que los jóvenes Turcos resolvieron destruirlos, temerosos de que el público llegara a conocerlos. Nunca serán, pues, revelados los secretos del notable y hermoso Yildiz Kiosque.

Dí a Nathan una cita, y nos encontramos de noche, cerca de las dulces aguas del Bósforo. Me puse la levita y el fez turco para disimular mi condición de europeo conspicuo, mientras él, por supuesto, vestía un traje semejante.

Bajo la luz brillante de la luna — aquella clara y blanca luna de oriente — anduvimos de aquí para allá hablando y fumando cigarrillos.

—Es muy cierto que, desde hace poco, existe una cantidad de correspondencia diplomática con Alemania, cuya naturaleza es notablemente misteriosa — dijo el francés en voz baja. — Me ha sido entregada para traducirla, pero en fragmentos, tan sólo, como para que no pueda conocer el giro de las negociaciones.

—¿Y no ha sospechado en ellos lo que acabo de decirle, un acuerdo austro-alemán?

—Nada he visto referente a ese propósito — respondió el francés de patillas negras. — Buena parte de ella parece referirse a algún regalo que el kaiser desea hacer a Su Majestad.

—La devolución de las provincias perdidas, creo

— respondí vivamente. — Pero ¿no le sería a usted posible descubrir la verdad, para mí? — continué. — Acuérdese que hace algunos años usted me ayudó con algunos informes sobre el ferrocarril de Bagdad. ¿Me ayudará usted ahora? Usted sabe que Inglaterra paga bien, cuando hace falta — agregué riendo. — ¿Cómo están sus dos hijas? — pregunté. — Creo que usted desea enviarlas a la escuela en París. Esa era su ambición la última vez que nos vimos.

—Y la es todavía, Monsieur Morrice — me contestó con los ojos brillantes. — Pero ¿cómo realizarla? Mi sueldo de traductor no es muy hermoso.

—Trate de conseguirme detalles de las negociaciones que se tramitan entre Berlín y Viena, y le aseguro que sus dos hijas irán a la escuela de París, con todos los gastos pagos por cinco años. Recuerde usted que es francés, y que no traicionará a su patria, sino que la favorecerá al descubrir la intriga contra Francia e Inglaterra.

Se inclinó, pero no dijo nada. Mis palabras le habían convencido.

Yo sabía que, en su carácter de traductor, tenía facilidades de conocer mucha correspondencia diplomática. Aunque el secreto de las negociaciones se mantuviera en reserva por el estado mayor de la Sublime Puerta, era posible, sin embargo, que pudiera conseguir lo que tan urgentemente deseaba yo.

Anduvimos una hora juntos, paseando por calles poco frecuentadas, y discutiendo la situación con interés. Insistí en la extrema gravedad del asunto, y, cuando nos separamos, me prometió su ayuda en todas las formas posibles.

En el momento en que le estrechaba la mano, en el rincón de una callejuela, donde ladraba una manada de perros vagabundos, como es de práctica todas las noches en la capital de Turquía, — un alto y delgado otomano se deslizó después de nosotros, e instantáneamente se perdió en la obscuridad. En tanto silencio apareció y desapareció que me estremecí. Nada dije a mi amigo, temiendo alarmarlo, porque en Constantinopla, por aquella época, rápidamente se despertaba la alarma en el pecho de cualquier hombre. Después de todo, el silencioso transeunte quizá llevaba botas de goma y no era más que un vigilante policial, de quien no tenía por qué asustarme.

Cada extranjero que llega a Constantinopla es vigilado por la policía, tan estrechamente como en Rusia o en Servia, y todos los días, en el Departamento Central, se extracta un prolijo informe de sus acciones. Pero como yo era conocido como diplomático extranjero, quizá me hallaba exento del espionaje perpetuo. Con esto, me tranquilicé a mí mismo, pues si el silencioso rastreador policial hubiera llegado a tomarme, bien pronto, al conocer mi identidad, habría tenido que desistir de perseguirme.

Con la promesa de otra cita para la tarde siguiente, Nathan volvió sobre sus talones, y yo seguí cuesta arriba, a la embajada inglesa. Dos veces me dí vuelta, y en cada una ví al sutil y delgado turco, siguiéndome.

Después de tomar whisky y soda en la embajada, me senté con mi viejo amigo Harry Chichester, el attaché militar, y le conté como me habían seguido.

—Mi querido muchacho, ahora nos persiguen y nos espían diariamente. La ciudad literalmente hormiguea de espías. El astrólogo favorito del sultán le ha dicho que si no tiene mucho cuidado, tendrá un mal fin en este mes. ¡Puede imaginarse cómo estará de nervioso el pobre! Difícilmente concede audiencia a los embajadores en estos días.

Para evitar un encuentro con Bloch, me quedé en la embajada todo el día siguiente. Su excelencia y sus secretarios se fueron a Therapia a mediodía, y Verney, el coronel Chichester y yo nos quedamos solos en la enorme y oscura mansión, cuartel general de la diplomacia británica en el cercano Oriente.

A las seis recibí una borroneada misiva de Nathan, diciéndome que le era imposible verme a la tarde, como habíamos convenido, pero prometiéndome hacerlo después. Me quedé esperando dos días enteros, sin atreverme a sacar la cabeza por la gran puerta de la embajada.

Del jefe recibí un mensaje cifrado para que inmediatamente me trasladara a Berlín y procurara obtener informes por medio de cierto oficial alemán a quien nombraba, y quien, en más de una ocasión, nos haba vendido secretos. Pero desestimé la indicación, prefiriendo continuar las indagaciones que había empezado.

Teddy no vivía de impaciencia, gastando, fumando y consumiendo docenas de cigarrillos. Los movimientos de Bloch eran del todo insospechables. Lo único que podíamos poner en claro era que había venido a Constantinopla con dos señoras amigas, en viaje de placer, a mostrarles las vistas de la capital otomana. No se había acercado a la embajada alemana, y ni siquiera le acompañaba su factotum y asiduo camarada, Jules Vandam.

A la tarde siguiente, después de un mensaje de Nathan, vestí la levita y el fez, y clandestinamente me encontré con él a la entrada del Bazar, y luego nos paseamos a través de aquel laberinto de puestos que constituye una de las maravillas de la capital turca.

En medio de aquel gentío, en que figuraban todas las nacionalidades, pasamos inadvertidos y pudimos hablar.

—Esta noche, en el Yildiz, el embajador alemán será recibido en audiencia por Su Majestad. El gran visir tiene orden de hallarse presente. Me parece que se trata de algo importante — me dijo.

—Es preciso que yo lo sepa — exclamé con viveza. — Es preciso que usted lo averigüe para mí. Ha de haber algún medio, seguramente, de que usted sepa la verdad. ¿No lo ha pensado usted?

—Nunca he dejado de pensarlo, Monsieur Morrice — replicó. — Comprendo perfectamente el grave peligro que amenaza a nuestras dos naciones, y considero justificados todos los medios para evitarlo.

—Muy bien. Continúe entonces obrando en el sentido que le he indicado.

Apenas había proferido estas palabras, cuando, al volverme, en un hombre que hablaba con el guardián de uno de los puestos y que reposadamente fumaba un cigarrillo, reconocí la delgada y dura fisonomía de aquel turco alto que pasó tan en silencio y desapareció con tanta rapidez.

Se lo indiqué a mi amigo y le pregunté si lo conocía.

—No. — respondió en francés. — Es un extranjero. No lo conozco.

La seguridad de que me estaban espiando, de golpe, transformó mis planes. En asunto tan grave, yo no podía exponerme a fracasar. Si la verdad llegara a descubrirse por aquella macilenta y siniestra catadura de espía, todo concluiría malamente para mi amigo el francés, y para mí. Así, al regresar aquella noche a la embajada, me transformé en trabajador del puerto, habiendo muchos extranjeros que seguían tan humilde oficio, y traspuse las enormes puertas sin que me reconociera el galoneado portero. A media noche andaba por los barrios bajos del muelle de Galata, a cuyo costado se alinean los vapores de Alejandría, barrios horriblemente sucios en que la noche entera riñen y alborotan bribones medio borrachos. Quería disimular mi identidad, y era este el único medio de evitar el espionaje.

Había dado un *rendez-vous* a Nathan para la noche siguiente, cerca de la Aduana, advirtiéndole que con toda seguridad me presentaría disfrazado de peón.

Estoy seguro de que representaba un curioso aspecto metido en una andrajosa camisa y pantalones, con puntiagudos zapatos albaneses de tela y un fez grasiento, porque tanto Verney como Chichester, con quienes estuve bebiendo antes de salir de la embajada, dijeron que ofrecía un magnífico aspecto de humanidad degenerada.

Pagué el equivalente en moneda turca, de cuatro peniques por mi posada nocturna, y holgazaneé bastante al día siguiente, echado perezosamente a la sombra, en el muelle, comiendo higos, fumando cigarrillos y examinando los barcos. A las cuatro fuí al puente y encontré a Teddy. No tenía ninguna noticia. Bloch se había marchado por el tren de las dos y veinte, a Budapest o a Viena.

(*Concluirá*).

Portfolio de la guerra



María Joostens, la telefonista de Lovaina que con riesgo de su vida permaneció en su puesto hasta el último momento para poder conectar las comunicaciones que pedía el cuartel general.

No conocíamos aún un retrato de la abnegada telefonista de Lovaina, de que habló el telégrafo, ni tampoco su nombre. Una y otra cosa las encontramos sólo ahora en el correo de Europa.

— Al hablar de la campana de Levignen, los colegas franceses hacen notar los efectos, más bien extraños, del obús; pues la campana se partió en dos pedazos. Hacen notar asimismo, con buen humor, que el padrino de la campana fué, allá por el siglo XVIII, un tal señor Lallemand (el Alemán).

— Muchas fotografías de esta guerra fueron tomadas con inminente riesgo de la vida del operador, a pocos metros de donde caían los obuses. Tal es esa de un muro en una calle de Dixmude, tomada en el preciso instante en que el muro recibía un proyectil y se derrumbaba.

—Todos los que presumimos tener fuerza, saludemos a ese soldado francés que puede soportar sobre sus hombros el peso de un cañón y tres artilleros. En verdad, lo único que le falta es soportar el cañonazo.

— Ya se sabe que la censura no se detiene ante la correspondencia, y las razones son bien comprensibles. A veces la censura exige también que no se escriba para afuera en idiomas extranjeros, pero tal exigencia se reduce al período en que es más peligrosa la divulgación de secretos militares.



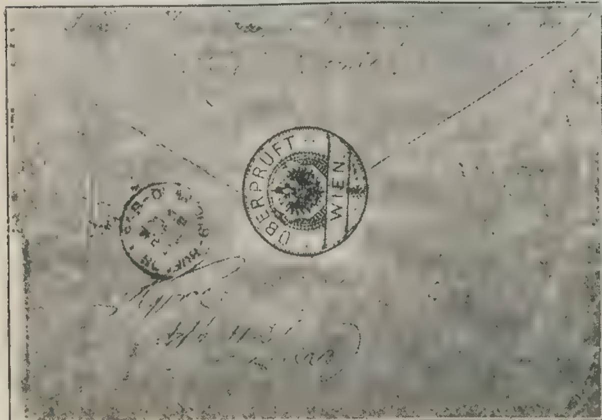
La campana de la iglesia de Levignen (Francia). Tenía 923 kilos de peso y databa de 1724. Fué partida en dos pedazos por un obús alemán.



Fotografía tomada en el momento de hacer explosión un obús y derrumbarse una pared en una calle de Dixmude



El Sansón del ejército francés, sosteniendo un cañón con tres artilleros



Cómo vienen las cartas que han pasado por la censura. Una procedente de Viena, con el sello indicador de que ha sido revisada.

Fiestas militares en las líneas de los aliados



El presidente Poincaré, con el general marqués de Castelnau, en su visita al cuartel general francés



El general francés Serviers, inspeccionando tropas indostánicas

Han tenido lugar varias fiestas militares en las líneas de los aliados, sobre todo en la región de Flandes Occidental, algunas con motivo de la visita de jefes de estado, como la del rey de Inglaterra hace poco y la del presidente Poincaré anteriormente, y otras por tratarse de la conmemoración de algún hecho heroico de un regimiento. En este caso se encuentra el 7.º regimiento francés de línea, por su resistencia prolongada y eficaz, durante diez días y diez noches, en el frente Nieuport-Dixmude. El hecho de que los jefes de estado visiten a sus tropas a pocos centenares de metros de las trincheras enemigas, y de que las fiestas a que nos referimos puedan realizarse con tanta paz, da una idea del carácter de la guerra de trincheras, en que los frentes presentan una solidez cuya resistencia puede ser casi matemáticamente calculada.



En Furnes.—El rey Alberto de Bélgica, presenciando el desfile del 7.º regimiento de línea, cuya bandera fué condecorada con las cruces de Leopoldo y de la Legión de Honor, por haberse sostenido durante diez días y diez noches en el frente Nieuport-Dixmude, rechazando varias veces a los alemanes



El presidente Poincaré y el rey Alberto de Bélgica (a la izquierda), y el general Joffre (hacia la derecha) pasando revista a fuerzas de caballería belga en una localidad de Flandes Occidental

LA GUERRA DE TRINCHERAS



Infantería francesa protegida por murallas de piedra

Desde hace tres meses combaten los aliados contra los alemanes casi en una misma línea, obteniendo unos y otros ventajas en determinados puntos, que a poco el enemigo recupera, y al fin de los días, por la posición de los ejércitos, se ve que las cosas, substancialmente, no varían. Y así, las noticias que nos trasmite el telégrafo refiriendo siempre sucesos iguales en las mismas regiones, adolecen de la monotonía de lo conocido y las gentes se impacientan, pues esperaban, como sucedió al principio, que los grandes acontecimientos y las batallas decisivas se sucedieran con la afiebrada frecuencia con que la imaginación vuela hacia el fin de esta lucha terrible que tiene en suspenso el ánimo de todos los habitantes del mundo. Ya los entendidos lo dijeron: la guerra será larga, los sacrificios enormes y la lucha encarnizada y sangrienta como ninguna otra que recuerde la historia.

Pero tales previsiones parecieron contrariarse cuando el avance arrollador de los alemanes por Bélgica y la llegada a las puertas de París y luego al ocurrir el re-



En las trincheras de Nieuport.—Los primeros auxilios a un herido

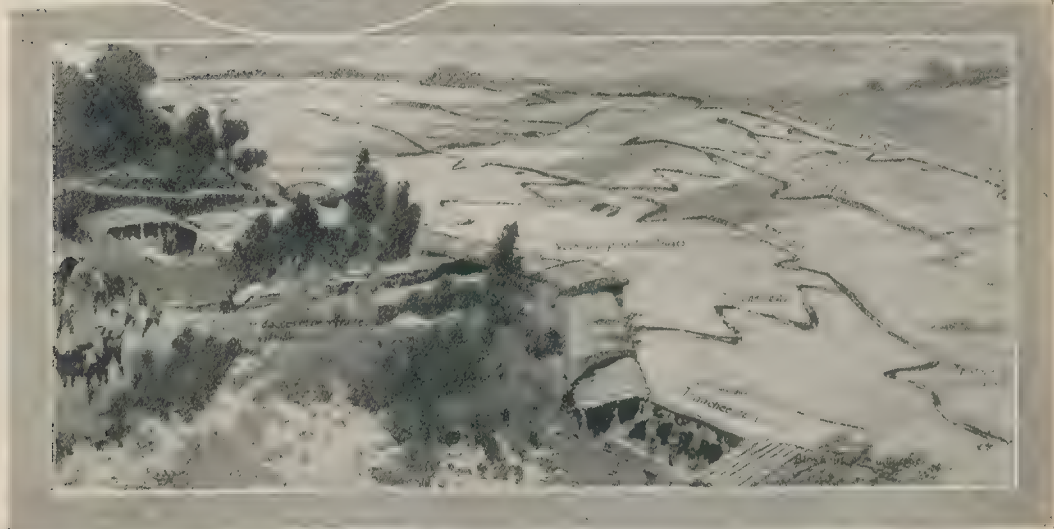


Dibujo diagramático que explica cómo se combate en los pueblos del norte de Francia, en la lucha de casa por casa y calle por calle.—Edificios y calles en estado de defensa; a la derecha, abriendo un pasaje a través de la pared divisoria de dos casas

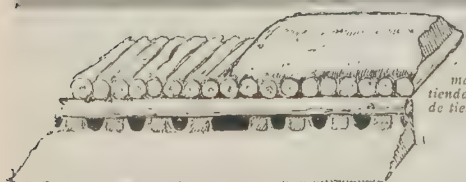


La construcción de defensas complementarias en Amberes, antes del sitio. — Desempedrando calles y levantando barricadas en los alrededores

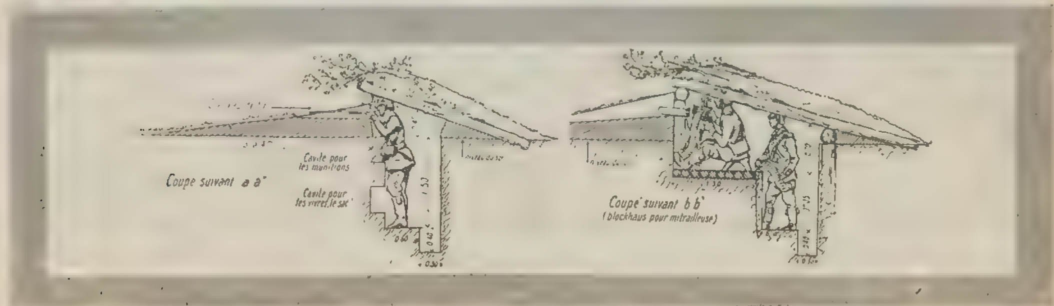
troceso de los mismos con los sonados triunfos de los aliados en el Marne y el Aisne. Tanto la ida como la vuelta de los invasores, con sus triunfos y sus derrotas, ocurrieron con la rapidez de una cinta cinematográfica, en pocos, muy pocos días y de pronto, cuando muchas gentes creyeron que el avance de los franceses e ingleses lo que menos, terminaría con la recuperación de Bélgica, dejaron de retroceder los alemanes y ofrecieron en una línea de trincheras infranqueable, una resistencia que aún no ha flaqueado. Desde entonces no ocurrieron cambios. Se combatió desesperadamente en el Yser, se trató de romper la línea de los aliados para llegar a Calais, pero ni franceses pudieron seguir el avance, ni alemanes consiguieron abrir esa ansiada brecha. ¿Por qué? Porque unos y otros mantienen sus líneas con trincheras fortificadas, defendidas con las disposiciones más ingeniosas y en campos donde los recursos de defensa y las sorpresas mortales alejan toda posibilidad de un golpe de audacia. Hay líneas de trincheras de los respectivos combatientes que están a menos de doscientos metros. La leve prominencia que señala al enemigo está a la vista y las crónicas cuentan rasgos curiosos y situaciones pintorescas. De vez en cuando se empeña el combate, como para romper la monotonía y la aplastante tensión nerviosa de la larga espera,



Perspectiva de un atrincheramiento alemán. — En primer término, trincheras fortificadas, con una parte descubierta, donde se distinguen los soldados. En segundo término, tres líneas de trincheras más sencillas. Todas las trincheras comunican entre sí por zanjas en zig-zag; la trinchera fortificada tiene cámaras de reposo subterráneas y puestos avanzados para ametralladoras



Cubierta de una trinchera fortificada



Corte presentando un tirador y una ametralladora en la trinchera fortificada

pero nada más. La guerra así, lejos de las ciudades, a campo abierto, se ha convertido en una guerra contra sitios fortificados poco menos que inexpugnables, como las de las fortalezas más modernas y tal vez más temibles por la misma movilidad de los defensores.

Los alemanes fueron, desde luego, los maestros en esta clase de atrincheramientos perfeccionados. Pero, en la guerra y con el espíritu que anima a los modernos jefes, todo recurso del enemigo es aprovechado



Fotografía tomada durante el avance alemán sobre Amberes, cerca del fuerte de Santa Catalina.—Soldado dirigiéndose a un asilo, a prueba de astillas y balines de shrapnell



Una enfermera de la Cruz Roja en las trincheras belgas de Dixmude

como una lección y puesto en práctica inmediatamente. Y tal conducta está de acuerdo con aquella teoría de Pedro el Grande cuando la famosa guerra contra los suecos.

Refieren las crónicas que después de la batalla de Narva, en la cual los suecos infligieran ejemplar derrota a los rusos, los oficiales de Pedro el Grande le anunciaron el acontecimiento con frases de condolencia y dando muestras de gran desesperanza. Pero aquél con toda calma afirmó: "Los suecos nos vencerán más de una vez todavía; pero a fuerza de batirnos concluirán por enseñarnos el arte de vencerlos". Y así fué en efecto: en Poltava los rusos derrotaron a los suecos en forma que su rey Carlos XII tuvo que refugiarse en Turquía.

Al comenzar la guerra los aliados tuvieron dos sorpresas. La del obús de 42 y el sistema de trincheras de los alemanes.

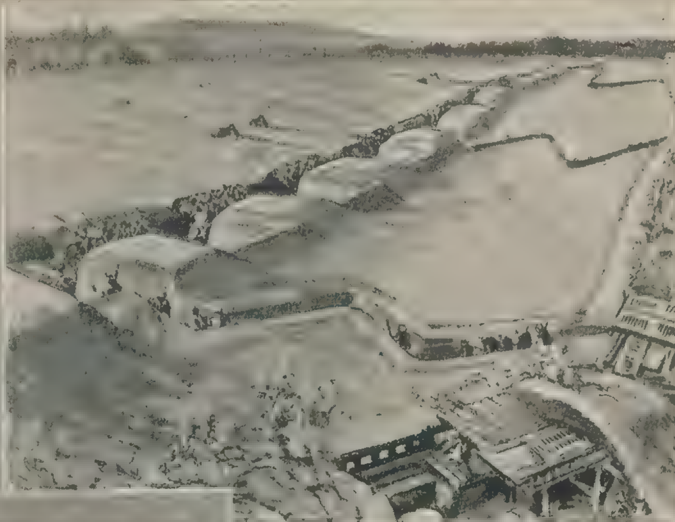


Ametralladora en un atrincheramiento alemán a medio construir. — Los alemanes hacen un uso extraordinario de las ametralladoras

Este sistema les permitió sostenerse después de la retirada de París en la línea que aún ocupan. Pero los franceses e ingleses no han tardado en adoptar las mismas trincheras. "L'Illustration" del 31 de octubre hace un estudio de las trincheras alemanas y de ese estudio entresacamos los datos que siguen. Esta guerra, dice, demostrará la forma en que los alemanes extrajeran útiles enseñanzas de los últimos conflictos armados. La guerra del Transvaal, la ruso-japonesa y las guerras balcánicas, han sido minuciosamente estudiadas por los alemanes. Y particularmente en trincheras aprendieron y perfeccionaron mucho.

En general desde 1870 el sistema francés comprendía reglamentariamente tres clases de trincheras: para tirador acostado, para tirador de rodilla en tierra y para tirador de pie.

Se instruía al soldado en el sentido de que durante el combate se protegiera detrás de un montículo de tierra colocando delante, su mochila. De ahí resultaba una protección insuficiente y una visibi-



Otra forma de atrincheramiento alemán. En la primera línea se ven cámaras de reposo aún descubiertas



Soldados belgas tendiendo alambrados de púa, a través de un camino



Barreras tendidas por los holandeses en su frontera y guardadas por tropas



Modelo norteamericano de atrincheramiento. Una línea de fuego, que no es continua, comunica con zanjas cubiertas (sin cubrir en el grabado), que hacen el papel de cámaras de reposo.—Las ametralladoras están a retaguardia

lidad peligrosa, pues al enemigo le bastaba con contar los sacos para saber el efectivo del contrario. Para abrir estas trincheras, cada 250 hombres disponían de 80 azadas y 80 palas, prendidas a las mochilas, de donde se deduce una larga maniobra para ponerlas en uso. Los alemanes disponían trincheras defensivas y ofensivas, distintas unas de otras. Cada hombre además lleva una pala o azada adaptable a la vaina de la bayoneta. Desde que comienza el combate, la línea de soldados se oculta y prevé la retirada.

A tal efecto, disponen previamente de fuertes posiciones que garanticen el repliegue, la defensa a todo trance, y el contra-ataque.

En virtud de estos tres principios sustanciales, todas las líneas de combate de los alemanes, se preparan en forma que varían muy poco unas de otras.

Los frentes, en consecuencia, constan de dos o tres líneas de trincheras de 50 a 60 centímetros de ancho y largas proporcionalmente a los efectivos que deban entrar en ellas. Estas líneas quedan unidas entre sí por caminos trazados en zig-zag y que a su vez mantiene las primeras líneas en comunicación con otra de trinchera fortificada, defendida por ametra-



Los cobertizos de un batallón senegalés



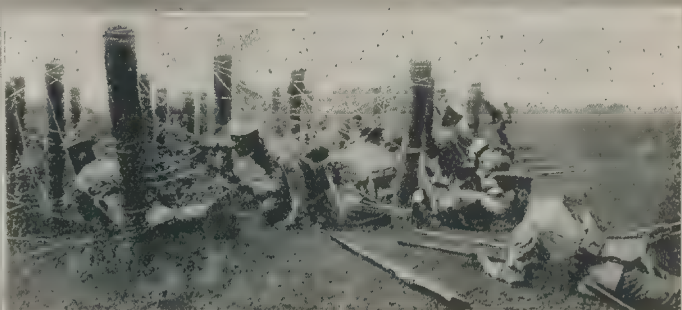
Pozos cavados por los austriacos para interceptar el avance de los servios. — En los caminos son muy útiles contra la caballería; los alemanes suelen enterrar barriles destapados para darles mayor solidez



Cobertizos a retaguardia de un atrincheramiento inglés, con el cual se comunican por zanjas cubiertas o descubiertas

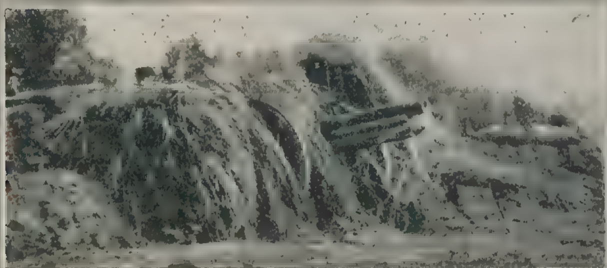


Estación francesa de baños y duchas, a sólo 300 metros de las trincheras alemanas y a tres kilómetros de su artillería



lladoras. Las primeras, a distancia de 300 metros, son invisibles, siendo el fuego a la misma distancia extremadamente mortífero. Suponiendo, pues, tres líneas de trincheras ligeras, el asaltante deberá recorrer 600 metros

Las trincheras japonesas en Kiao-Chao. Construyendo la protección avanzada de alambre



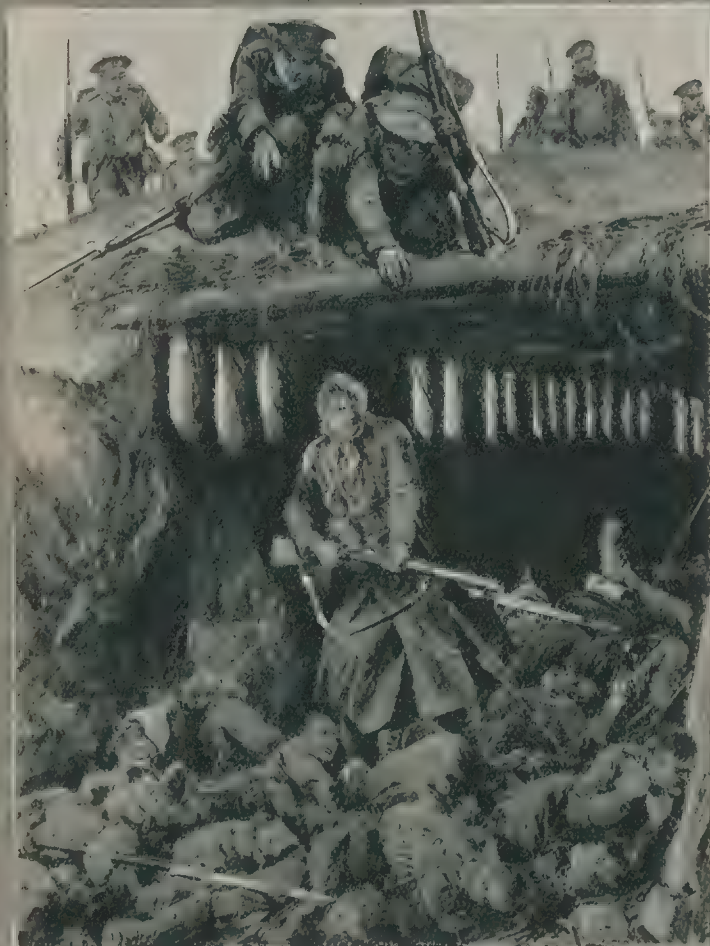
La protección y disimulación de la artillería belga en las líneas de Flandes

bajo un fuego terrible de la infantería y de las ametralladoras que disparan de 300 a 600 balas por minuto y por pieza. El soldado en la trinchera alemana, hoy utilizada también por los aliados, goza de mucha mayor seguridad que en los parapetos de 40 o 50 centímetros de tierra con su mochila delante. Ocúltase debajo del nivel del suelo y queda al abrigo del fuego de infantería. Detrás de la línea además, se abren hoyos donde se meten los sub-



Atrincheramientos y cañones abandonados por los franceses, en Maubeuge





Un episodio.—Los últimos momentos de un soldado inglés; está herido, y a la llegada del relevo quedaba él solo para defender la trinchera

Otras terribles defensas en las fronteras austriacas, análogas a las de los rusos en Port Arthur.—Combinación de redes de alambre tejido con fosos de lobo (pozos que tienen clavadas bayonetas de madera)

oficiales y los jefes de sección o de unidad. Aquellos quedan aislados y éstos unidos por un camino a los de comunicación entre línea y línea de trinchera.

Las trincheras fortificadas quedan recubiertas con una capa de tierra de 30 o 40 centímetros y que se confunde con el resto del campo por el pasto o los cultivos iguales a los de la región que recubren esa capa en forma de talud de 4 o 5 metros de declive, tan suave en consecuencia, que resulta imperceptible a pocos metros de distancia.

Agréguese a estos recursos, las empalizadas, los alambres de púa, los hoyos con hojas de bayoneta, las minas, etc. y se tendrá una idea aproximada de los peligros que arrostra un asaltante que se decida a un ataque a la bayoneta.

En Lorena, al llevar los franceses la ofensiva que tan cara les costó, obtuvieron sin embargo un gran provecho, que consiste en el aprovechamiento del sistema de trincheras alemán, que estudiaron minuciosamente después de tomar algunas a costa de enormes sacrificios.



VUELO DE CÓNDORES

Allá en la bella curva del abismo del cielo
un cóndor deslizaba su silencioso vuelo.

Era en la paz del campo. Con callada armonía
la pesadumbre de oro del crepúsculo huía
y su luz que ya sólo decoraba la altura
era sobre los cielos milagrosa blancura;
y por esa blancura transfigurante y grave
iba volando el ave
con un volar rasgado,
con un volar profundo, remoto, iluminado...

—Es el símbolo alado de América—un acento
dijo indicando al cóndor en la paz del momento.
Y entonces la belleza
de aquella trayectoria
a la que el cielo daba como un fondo de gloria,
resumióse en grandeza.

II

Símbolo alado y fuerte, raudo cóndor fugante
por un inolvidable cielo transfigurante,
alma adentro grabado me dejaste el empeño
de un visionario ensueño...

III

¿Guarda en su seno el tiempo la clara luz de un día
en que, cubriendo el cielo con su nueva armonía
y ante el águila antigua de los imperialistas
que renueva en los siglos las ansias y los duelos,
alcen sus férreos vuelos
los cóndores de América con rumbo a las conquistas
de la paz, del derecho, de la fraternidad?

...Argentina, Argentina,
cual un cóndor en vuelo surja tu peregrina
ruta a la eternidad;
la fe de tu destino te prestará su aliento,
y en tu siempre avanzante viaje en la inmensidad,
tendrás raudo equilibrio frente al contrario viento
si llevas con tu intento,
en un ala justicia y en la otra libertad.

L. GONZALEZ CALDERÓN.

Dib. de Friedrich.

Cómo fuí general



Al leer los telegramas de la guerra, de esa pobre guerra a la que tanto bombo le dan, no puedo menos que sonreirme con conmiseración.

¿Cómo no me he de reir si me hablan de estrategia, de valor, de resistencia, a mí, que fuí general en jefe de los ejércitos aliados de Balvanera Norte y Almagro?

Así como lo oyen. De los ejércitos que hasta hace unos 12 años, tuvieron atemorizados a los pacíficos vecinos del Once, que casi siempre resultaban perjudicados en sus casas o en sus personas, de resultas de las batallas que sosteníamos en su territorio neutral.

El hecho que paso a referir, fué la destrucción completa de la coalición más grande formada contra mi poder militar, y el que me valió el título de general. Nuestros atacantes fueron en esa ocasión nada menos que Balvanera Sud y Caballito y las cosas ocurrieron en la forma siguiente:

Cuando el rusito Pravia llegó a nuestro cuartel general y me entregó, en mi calidad de jefe, el cartel de desafío de que era portador, no puedo negar que me impresioné mucho. Nuestra inferioridad numérica, era evidente porque en aquel entonces yo no mandaba más que un cuerpo de treinta muchachos de Balvanera Norte, que si bien eran valerosos y estaban acostumbrados a las guerrillas, no eran suficientes para contener al ejército atacante, fuerte de cien plazas y perfectamente armado.

Pero no perdí el tiempo.

Despedí al emisario con un buen par de trompadas (yo no había asistido nunca a las conferencias de la Haya) y convoqué a mi gente a una reunión extraordinaria. Esta tuvo lugar en un altillo de mi casa y se tomaron las resoluciones siguientes:

1.° Aceptar el desafío.

2.° Proponer al enemigo que el combate tuviera lugar al día siguiente por la mañana, en un terreno neutral elegido por nosotros en nuestra calidad de desafiados. (Aquí tuvimos que sortear al embajador, porque nadie quería exponerse a las represalias).

3.° Llamar en nuestra ayuda al ejército de Almagro.

4.° Proponer al jefe de dicho ejército, Panchito Arancena, que se me diera el mando de las fuerzas aliadas en vista de mis relevantes condiciones de táctico hábil probado en cien combates.

A las dos horas de tomadas estas resoluciones, todas habían sido cumplidas. Panchito aceptó nuestra propuesta y se manifestó muy honrado con ser mi segundo. En cuanto a nuestro heraldo, volvió sin más desperfectos que unos cuantos chichones y un gomerazo en la espalda (administrado cobardemente cuando se retiraba) diciendo que se aceptaba la hora y lugar del combate; un terreno baldío de casi cuatro manzanas que yo había elegido para poner en práctica una magna idea.

La idea era esta. Una gran laguna de casi cien metros de diámetro ocupaba todo un lado del campo de operaciones, e inmediatamente pensé en construir una escuadra y utilizarla en el momento oportuno.

Pasé revista a mis ejércitos (ya se habían unido los de Almagro) y conté sesenta y cinco hombres. Estaban todos armados con diez o doce alambres arrojadizos con su correspondiente plomo en la punta y comenzamos el trabajo de acarrear proyectiles y equipar la escuadra.

Esa noche nos acostamos muy tarde pero ultimamos nuestros preparativos. Un monte de piedras se alzaba en el terreno, y al otro lado de la laguna, varios grandes cajones de apariencia inofensiva y que constituían nuestra armada, habían sido convenientemente armados con cascotes como el puño.

A las seis de la mañana del día memorable estábamos listos. Ubiqué veinte hombres escondidos en los cajones, veinte desplegados en tiradores y los restantes en una zanja que íbamos a utilizar como trinchera. Yo me situé en una pequeña eminencia y contemplé satisfecho mi obra.

A las ocho se avistó al enemigo. Venía del lado de Caballito en correcta formación, y cuando estuvimos a tiro, hizo una hermosa maniobra y nos presentó el frente.

Entonces yo avancé hasta llegar a la mitad de la distancia que nos separaba y lo mismo hizo el jefe contrario, un muchachón grandote a quien todos temían porque era muy fuerte y que debía el prestigio entre los suyos al motivo de tener un hermano vigilante.

—Mojame la oreja, desgraciado, me dijo, dando así principio al ceremonial usado en estos casos.

Yo se la mojé y le retruqué:

—Pisá esta raya, infeliz.

La pisó y nos trenzamos a sopapos. Cuando nos cansamos volvió él a sus filas, yo a mi eminencia y empezó el combate con una lluvia de piedras que nos descargaron.

No nos causaron mayor daño gracias a mi precaución de situar a mis hombres bastante separados para presentar poco blanco.

Yo tenía a mis órdenes dos ayudantes. Llamé al segundo y le ordené:

—Pegá el grito que tomen la ofensiva nomás. (Yo consideraba deprimente para mi cargo dar las órdenes de viva voz).

Los míos contestaron con una descarga cerrada y durante media hora contuvieron al enemigo, envalentonado al creer que tenía que habérselas nada

más que con los veinte que estaban visibles. Entonces ordené una prudente retirada y cuando avanzaban a paso de carga, creyendo tener seguro el triunfo, se encontraron de manos a boca con la trinchera.

Cinco o seis de los míos quedaron fuera de combate, pero a ellos les tocó la peor parte, pues alcancé a contar veintitrés descalabrados. Las tentativas para desalojarnos de la zanja se repitieron sin resultado favorable y durante otra media hora los tuvimos a raya.

Pero eran muchos, y si bien la tempestad de piedras los detenía un poco, volvían nuevamente a la carga.

También se fijaron en mi y en mi estado mayor y me saludaron con unos cuantos ladrillazos sin mayores consecuencias. No así a Panchito Arancena, que recibió casi medio adoquín en el estómago y rodó como muerto.

A todo esto había conseguido atraerlos a un lugar favorable y ahora combatíamos a la orilla de la laguna teniendo a ésta de flanco, nosotros a la derecha y ellos a la izquierda. Cuando comprendí que era llegado el momento y que de nada servía el valor, puesto que la mitad de mis soldados estaban fuera de combate y la caída de la trinchera era inminente, ordené el ataque a la escuadra.

¡Aquello fué asombroso!



En un instante los cajones fueron botados al agua y por medio de palos utilizados como pértigas, avanzaron, cargados de combatientes, sobre el flanco enemigo. Al mismo tiempo hice atacar a la infantería a alambrazos.

Principió la "dèbâcle". No repuestos los contrarios del susto que le causaron los alambres emplomados que sembraban el terror en sus filas, recibió un torrente de proyectiles por el costado, provenientes de la laguna. Flaqueó y comenzó la retirada que se convirtió en vergonzosa fuga cuando la marinería tomó tierra y los atacó a trompadas.

Entonces lancé adelante todas mis tropas y los desbaratamos completamente, persiguiéndolos como siete cuadras sin darles descanso.

A la vuelta nos apoderamos del botín de guerra, consistente en infinidad de gorras y blusas, y varias carteras con libros, abandonadas por los vencidos.

Curamos nuestros heridos y allí mismo, en el campo de batalla, fui proclamado por mis tropas general en jefe de los ejércitos aliados de Balvanera Norte y Almagro.

Es por esto que sonrío con soberano desprecio cuando leo los telegramas de la guerra y veo que hablan de estrategia, de táctica y de movimientos envolventes... ¡Estoy seguro que ninguno de mis antiguos soldados que hoy ya serán hombres sensatos, dudaría un instante entre yo y el generalísimo Joffre!

Manuel ROMERO.

Dib. de Peláez.

"Fray Mocho" en la guerra

LOS PRISIONEROS ALEMANES EN FRANCIA

Humanitarismo con que se les trata



Prisioneros alemanes abriendo fosos para los soldados muertos

Ginebra (Suiza), noviembre 19 de 1914.

Acabo de llegar a Suiza, después de un largo y molesto peregrinaje por Francia. Sigo rumbo a Alemania... La imposibilidad en que se estrellan todos los corresponsales periodísticos para aproximarse a la línea de fuego por la parte francesa, y la novedad de una aventura peligrosa pero conveniente, me impulsan a internarme en las tierras del kaiser. Actualmente en Alemania no hay, que yo sepa, ningún periodista de América. Así se explica que no tengan allí noticias favorables del imperio germánico. Un triunfo de los alemanes no podrá nunca pasar por los cables ingleses. En cambio, sus derrotas y fracasos, encuentran en todas partes campo libre. Para las naciones neutrales, esto es una injusticia. Conviene, por lo tanto, saber qué cosas ocurren entre los alemanes y probar si el salvajismo que ahora se les atribuye es una patriótica calumnia francesa o una triste verdad demoledora...

Antes de salir de Francia, me detuve en Lyon para ob-





En Neufmontier.—Prisioneros heridos, convaleciendo al aire libre

Un grupo de soldados y oficiales alemanes que fueron hechos prisioneros con el automóvil que aparece en la fotografía, y que iba cargado de latas de bencina

tener un pasaporte helvético. Un caballero francés, que por mi buena suerte encontré en el hotel, me dijo:

—*Si quiere usted acompañarme, le haré ver los prisioneros que tenemos en Lyon. Posiblemente, no podrá hablar con ellos. Pero, hará usted un servicio a Francia si cuenta lo que ve...*

Acepté muy feliz.

—*La agencia Wolff* —continuó diciéndome monsieur Jean Clamecy— *se empeña en difundir por el mundo noticias falsas sobre el tratamiento que el gobierno francés da a los prisioneros alemanes. Nada más incierto. No le diré a usted cómo se les trata. Lo juzgará usted mismo.*

En los límites de la ciudad de Lyon, donde el Ródano corre modestamente, sin la altivez que tiene bajo los magníficos puentes centrales, existe desde hace muchos años una escuela politécnica. El edificio posee capacidad para mil alumnos, pero los campos de experimentación que lo rodean son mucho más grandes. Es allí donde las autoridades militares de Lyon encierran una parte de los prisioneros alemanes que traen de la frontera. No permanecen en esta prisión temporaria mucho tiempo. Puede decirse que están allí de paso.

—La distribución de prisioneros—me informa el coronel Vigan, a cuyo cargo está el local,—se hace en Francia de una manera matemática. Es realmente notable la táctica con que son distribuidos, por pequeñas cantidades, en todas las poblaciones. Ya supondrá usted que no es posible tenerlos juntos en grandes agrupaciones. Aun sin armas, los alemanes son tan nerviosos y bélicos, que nos harían la guerra dentro de nuestra propia casa. Según una estadística del "bureau de la Presse", calcúlase en 150.000 el número de alemanes prisioneros en Francia. Inglaterra tiene 20.000. El problema hubiera sido grave, a no mediar la previsión del gobierno... Son, en resumen, 150.000 bocas a quienes tenemos el deber de alimentar, obligados a ello por nuestra dignidad y por nuestro sentimiento humanitario, aunque falte el pan en los hogares franceses. Y todos estos hombres comen. ¡Y viera cómo tragan! Se diría que los infelices no se alimentan desde el principio de las hostilidades...

—¿En qué forma se hace la distribución de los prisioneros, coronel?

—Fácilmente. El estado mayor, que dirige Joffre, lleva en la misma línea de fuego un registro diario de los sitios libres que hay en la república para recibir gente. De ese modo, cuando de la frontera salen trenes de prisioneros,—los mismos trenes que llevan víveres para los soldados,—van dejando en cada estación una cantidad determinada de tudescos. Se hace lo mismo que con la carga de los trenes-correos, cuyos furgones dejan en los andenes del tránsito la mercadería consignada a la autoridad militar de cada pueblo.

—¿Podría ver a los prisioneros?—pregunto.

—Verlos, sí, señor. Pero, con la condición expresa de no entretenerlos. Delante de ellos tenemos la orden de no hablar. Y menos de la guerra... Además, existe la prohibición de decirles nada que hiera sus sentimientos nacionales.

En seguida, amablemente, me condujo por salones, llenos de camas. Parecía un hospital. Unos ocho o diez soldados alemanes—hallábanse tendidos en sus lechos.

—¿Heridos?—pregunté.

—Son enfermos—respondióme el coronel.—No están graves. Pero, como se hallan atacados de afecciones pulmonares debido a las terribles humedades y lluvias que



Soldados franceses, en confraternidad con los prisioneros germanos, delante del botín de guerra que obtuvieron los primeros en el Yser

soportaron en las trincheras, hay que cuidarlos. No sería agradable que fallecieran.

En aquel momento uno de los enfermos tosió. Rubio, grandote, con sus grandes espaldas de titán, aquella profunda y hueca tos de tísico, era como una irónica respuesta a los cálculos de mi coronel...

—¡Pobre muchacho!

En efecto. Temo que este chico, que sólo tiene 21 años, se muera pronto.

La tos, con accesos cada vez más nerviosos, convulsionaba al desdichado alemancito. A pesar de la tos, no dejaba de mirarnos, con sus ojitos redondos y rubios, de escolar inocente, y con una sonrisa ingenua de chico que todavía tiene madre y que ya tiene novia...

—Lo peor para él—agregó mi cicerone—será que se lo lleven... Morirá en el camino.

—¿Adónde lo llevarían?

—Cuando los locales de prisioneros están repletos, como acaece cada ocho días, hay necesidad de dar sitio a los que llegan. ¡Son tantos! En el Yser, por un lado, y en Epinal, por otro, y luego en la Argona, los ejércitos aliados han hecho, en tres días, veintidós mil prisioneros, de los cuales uno, el principal, es el coronel von Reuter... Ahora bien, para darles sitio, el gobierno los manda en remesas, a Marruecos, para sembrar la tierra, abrir caminos y extender la vía ferroviaria de Argelia. Ayer hemos mandado cuatrocientos.

Seguimos andando, hasta llegar a las tierras de cultivo que rodean el establecimiento. Allí, encorvados, en silencio, como autómatas, los alemanes trabajaban. Nos aproximamos al grupo y contrariando la indicación del coronel, interrogué en francés al primero que vi. Contestó en alemán. No me entendía. Otro prisionero, más joven y más sonriente, se apresuró a contestarme en un legítimo francés de bulevar:

—Yo sí, hablo francés. Era dependiente de un café alemán en París, adonde fuí siendo pequeño. Cuando estalló la guerra, pude llegar a tiempo a Berlín e incorporarme. Estuve en Reims. Caí prisionero en Peronne.

—¿Están satisfechos del trato que se les da en Francia?—pregunté.

—*"Gut behandelt. Gut gepflegt"*—repuso el jovencito con un aire de franqueza que hermoseaba su cara salpimentada de viruela.—*"Odio a Francia, porque es enemiga de Alemania, pero los alemanes no mentimos. Es justo declarar que aquí, no sólo se nos da de comer y se nos abriga, sino que nadie nos ofende insultándonos. Y no lo hacen a pesar de que si los centinelas franceses quisieran, podrían hasta matarnos, diciendo que hemos intentado fugar o que nos hemos insubordinado."*

No nos fué posible continuar. Un centinela, sin tener en cuenta que yo estaba con su jefe,—pero cumpliendo su severa consigna,—se me aproximó autoritariamente:

—*No se puede conversar con los prisioneros. ¡Retírese!*

Me hizo el efecto de un vigilante criollo:

—*Abájese abajo de la vedera.*

Salimos... En la calle, un guardia dispersaba a un grupo de curiosos. Había hombres, mujeres y niños. Gente del barrio. Pobres... Alguien interrogó al agente policial:

—*¿Qué hacen?*

—*Desde esta mañana se empeñan en arrojar cigarrillos por encima del muro, a los prisioneros alemanes.*

Nada más francés que ese bello gesto de la gente de los bajos fondos. Los que conocen la vida amarga, no ven en los prisioneros más que seres que sufren. Los ayudan. Los compadecen. Los perdonan...

Días pasados, una anciana campesina se presentó en la prisión de Mont Marsán,—en las Arenas,—donde hay dos mil prisioneros,—y le entregó al jefe de la prisión una caja:

—*"Aquí traigo,—le dijo,—las mejores manzanas de mi huerto. Repártalas entre los alemanes más jóvenes. Yo tengo un hijo que ha sido tomado prisionero por los alemanes. Sé que está bien... Pero no puedo mandarle nada para socorrerlo. Me hubiera gustado que él comiera estas manzanitas cuyas semillas me ayudó a sembrar. Tal vez alguna madre alemana lo haya socorrido. Por eso, yo quiero hacer este regalo a los que, como mi hijo, tienen la madre lejos."*

Este es un gesto de madre. Pero, de madre feliz. Sabe que el hijo no ha muerto. Sabe, además, que estando prisionero no corre el peligro de tener por tumba la trinchera...

En cambio, he aquí otro gesto de madre. Pero de madre triste. Desesperada. Madre que llora y que se enloquece de dolor. Oidlo:

"En un villorrio próximo a Perpignan, la autoridad, viendo que no sabía dónde poner más heridos prisioneros, pidió a los vecinos hospedaran y vigilaran en sus casas a algunos alemanes. A una buena señora trajéronle un prusiano que estaba herido. Tenía las dos piernas fracturadas. Ella, que es francesa, lo cuidaba con solicitud. Casi con cariño materno. ¡También ella tenía un hijo en la guerra! El prusiano estaba sorprendido de la felicidad que la suerte le deparaba. En aquel hogar, modesto y confortable, hallábase mejor que en las batallas. Una noche,—y de eso hace tres días,—entregáronle a la anciana una comunicación oficial. No sabía leer. El ordenanza la leyó:

—"Tengo el honor y el sentimiento de comunicar a usted que su hijo, el soldado del 32.º regimiento, ha muerto como un héroe en los campos de Yser."

Loca, desesperada, rugiente, la pobrecita no se desmayó. Corrió a la cocina. Tomó una cuchilla. La esgrimió con odio de fiera. Y clavósela en el corazón al pobre prisionero alemán, que dormía tranquilamente en el mismo lecho campesino del hijo...

La anciana será juzgada criminalmente.

Un anarquista argentino que iba para Alemania,—y que fué detenido en la frontera, ¡Dios te salve, emperador!,—me dice cuando le cuento este drama vivido:

Estoy por creer que Dios está poniendo en ridículo a los hombres.

Juan José **SOIZA REILLY.**

El combate de las Malvinas

Una hipótesis de "Fray Mocho" confirmada



El vicealmirante Craddock, que mandaba la escuadra inglesa en el combate de Coronel



El almirante conde von Spee, jefe que fué de la escuadra alemana del Pacífico



Sir Frederick Sturdee, comandante de la escuadra inglesa en el combate naval de las Malvinas

Cinco semanas después del combate naval de Coronel o de la isla Santa María, en que desaparecieran en el fondo del Pacífico el "Good Hope" y el "Monmouth" con sus bravos a bordo, llega la noticia de la revancha.

El vicealmirante inglés sir F. Sturdee con la división a su mando, ha hundido frente a las Malvinas a los cruceros alemanes "Scharnhorst"—insignia del esforzado von Spee — "Gneisenau", "Leipzig" y "Nurenberg", persiguiendo al "Dresden", gemelo del célebre "Emden".



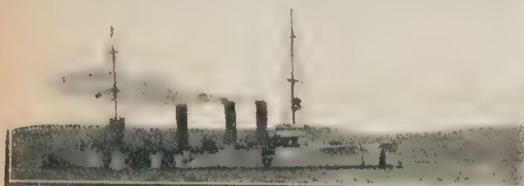
El "Scharnhorst", con su gemelo el "Gneisenau", donde arbolaba su insignia el almirante alemán

FRAY MOCHO, en su número de Noviembre 13, ha sido la única publicación que, inmediatamente después del combate de Coronel, por intermedio de su redactor naval expresara textualmente la siguiente hipótesis: "No sería difícil que "esta división de cruceros germanos, sin estaciones "navales de refugio, no pudiendo retroceder al Pa-"cífico o ascender el Atlántico", hiciera rumbo a "Malvinas." El combate en sus aguas no es pues solo un triunfo de los ingleses; tiene para nosotros algo de lo que hizo la fama de Madame Thebes...

Con los cruceros perdidos el día 8 y la anterior destrucción del Emden, los germanos pierden la posibilidad de continuar una guerra de recursos hábil y tenazmente sostenida.

Y las numerosas fuerzas que restaban a los núcleos navales ingleses de la *mother country*, obligándolas a su persecución, no siempre feliz, pueden volver como poderosas reservas a engrosar las escuadras de la *Home Fleet*.

Ambos almirantes, el conde von Spee y sir F. Sturdee, y sus respectivas tripulaciones, han cumplido como honorables marinos su misión.



El "Nurenberg", que dió el golpe de gracia al "Monmouth" en Coronel y fué a su vez hundido en las Malvinas



El "Dresden", cuya llegada a Punta Arenas fué anunciada el lunes

La batalla de Flandes



Grupo de pescadores y soldados contemplando desde la playa uno de los monitores británicos que bombardean las posiciones de la derecha alemana

Dos grabados del combate en el Yser, que publicamos en esta nota, son muy ilustrativos respecto de cómo se desarrolla la lucha en Flandes. Se refieren a una tentativa de los alemanes para tomar una posición (cabeza de puente), en la orilla opuesta del canal, en las proximidades de Ramscapelle. En la vista a vuelo de pájaro, la línea alemana está de este lado, y del otro se distinguen las trincheras belgas a lo largo del canal, cubiertas con puertas y ventanas para proteger a los soldados que hacen fuego desde pequeñas trone-



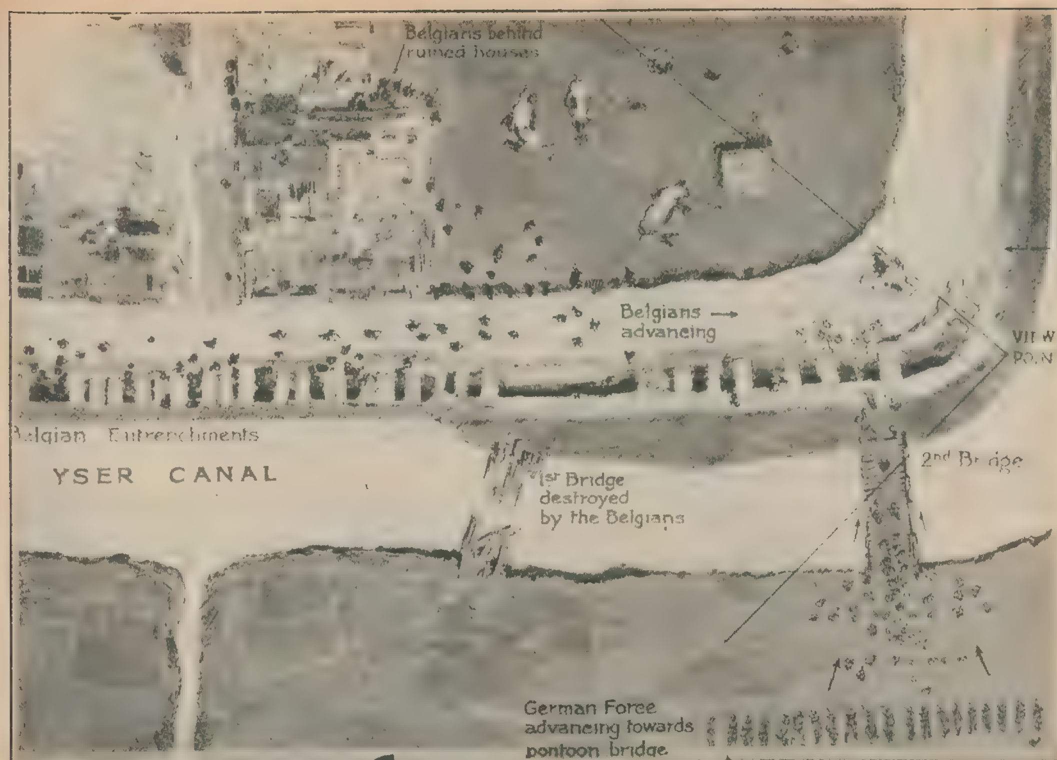
Lugar donde a duras penas puede encontrarse una casa que no haya sido destruida durante el largo duelo de artillería. — La calle principal de Dixmude



La iglesia de Parish, en Nieuport, antes del bombardeo.— Vista desde uno de los típicos canales de la comarca



Un incidente de la lucha en el canal del Yser.—**Combate cuerpo a cuerpo una madrugada.** (Dibujo de J. Matania, de acuerdo con el relato de un soldado belga publicado en "The Sphere", de noviembre 21)

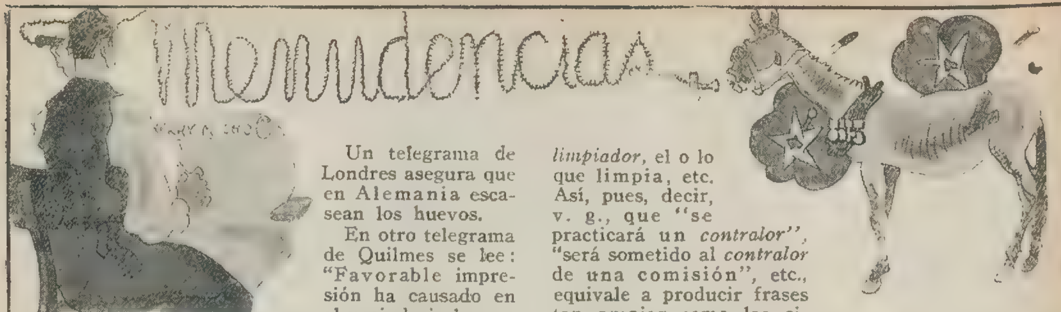


Vista, a vuelo de pájaro, del combate a que se refiere el grabado anterior

ras. Más lejos, detrás de unas ruinas, hay reservas belgas ocultas. Hacia la izquierda se distingue un puente destruído por los defensores, y hacia la derecha otro, por donde los alemanes llevan el ataque. La mayor dificultad que tal vez se les ofrece, es trepar por la orilla al extremo del puente. Este es el momento decisivo del combate. Por muy profunda que sea la columna, sólo puede presentar un frente reducido. Las reservas belgas le salen allí al encuentro, y logran rechazarlos en una lucha cuerpo a cuerpo. Cada parte apoya el ataque o la defensa desde las trincheras respectivas o con líneas de tiradores al descubierto o mejor o peor parapetadas. El cadáver de una vaca caída en 'posición estratégica'' no es inútil a este fin.



Un puesto avanzado belga, vigilando un camino en las proximidades de la línea de fuego



Un telegrama de Londres asegura que en Alemania escasean los huevos.

En otro telegrama de Quilmes se lee: "Favorable impresión ha causado en el vecindario la persecución enérgica de la repartición policial contra los rateros de gallinas que desde algún tiempo venían operando en la planta urbana de esta ciudad y suburbios del partido."

Todo queda explicado. En Quilmes eran robadas las gallinas con el objeto de mandarlas a Alemania.

¡Otra violación de la neutralidad!

* * *

Como hablan de la guerra
generalmente,
y mientras se preparan
al veraneo,
se encuentran los ministros
y el presidente
entregados a un dulce
mariscaleo.

* * *

El Dr. Ortíz en la cámara de diputados:

—"Si he ocupado cargos públicos durante la administración del general Roca, lo hice sin compromisos de ninguna clase."

Con lo que de seguro
probarnos quiso
que cualquiera es roquista
sin compromiso.

* * *

De la guerra en el mar habla afligido
Albarracin y dice:
—¿Qué ha ocurrido,
con el atroz y horrible cañoneo?
Me atrevo a suponer que algo muy feo.
Los peces que el bochinhe hayan oído,
sean flacos o gordos,
¿se habrán quedado sordos?

* * *

En los "Anales de la Biblioteca" dice Groussac:

"De algún tiempo a esta parte ha salido de la prensa, y empezado a correr entre el público gregario, el barbarismo *contralor*, no con la acepción (que fuera menos mal) del *contròleur* francés, de que deriva, y designa al encargado de una verificación administrativa, sino con la de *contròle*, que es la función del *contròleur*. El absurdo es evidente y no admite disculpa. En todas las lenguas romances, como en la matriz latina, y desde luego en la española, el sufijo *or* (*ore, eur*) con o sin la consonante etimológica, se agrega a los temas verbales, en los nombres asi llamados, para expresar el agente, no, por cierto, la acción; *cantor*, el que canta, *escritor*, el que escribe, *limpiador*, el o lo que limpia, etc. Así, pues, decir, v. g., que "se practicará un *contralor*", "será sometido al *contralor* de una comisión", etc., equivale a producir frases tan propias como las siguientes: "se ejecutará un trozo de *cantor*...", "la señorita X ha dado a luz innumerables *escritores*", etc. Lo ridiculo de la invención salta a los ojos y no es necesario insistir..."

No insistamos.

* * *

Un conocido escritor europeo ha hecho los siguientes pronósticos:

"Tres formas probables de terminar tendrá esta guerra: la victoria eslavo-latina, la victoria prusiana o el arreglo general."

Hay algo más de que se olvida el conocido escritor. La guerra puede terminar debido a un nuevo diluvio universal o a la intervención del A. B. C.

* * *

De la Plaza piensa:
—¿En qué,
aunque sea emperador,
va a resultar superior
a mí Francisco José?
En nada y me felicito
de ello; pues, si, en realidad,
puede ganarme en edad,
no me gana en apetito.

* * *

Originalidades del doctor Zeballos, como diputado.

—"Si yo fuera hombre de partido, me alarmaría. Y si fuera radical, estaría desesperado. Recuérdese que hace dos años tuve el honor de dirigir a la cámara estas palabras: que el partido radical, que votaba el comisionado para Salta, estaba tejiendo la soga con que lo iban a ahorcar. ¡Tres meses después estaba ahorcado! Y ahora digo a los señores diputados radicales que el señor ministro del interior, radical nuevo, está contribuyendo a afilar el cuchillo con que pronto van a degollar a los radicales..."

¡A su edad; a su edad, el doctor Ortiz afilando!

* * *

Juan se casó y al instante
al pobre le fué muy mal
porque—y eso es lo alarmante—
en vez de suegra neutral,
la tiene beligerante.

CORREO SIN ESTAMPILLA

Nap.—Buenos Aires.—

Si a tanta misiva ardiente
y a tanto y tanto suspiro
se muestra *ella* indiferente,
debe usted pegarse un tiro
(en verso, naturalmente.)

B. G.—Buenos Aires.—

No exageramos: son maravillas
sus sonetillos
con arbolillos y nubecillas
y pajarillos y florecillas
y pastorcillos.

B. N.—Buenos Aires. — ¡Qué deslumbrante macaneo!

M.—Buenos Aires.—

¡Oh! joven vate al que molesta el [flato:
es usted cuando quiere ser cantor
algo así como un pato
que pretende imitar al ruiseñor.

D. L. C.—Buenos Aires.—

No es un ataque aislado,
torpe e injusto;
pero sí un atentado
contra el buen gusto.

A. L., C. M., M. F., A. C. B. A., L. B. N., Boy.—Buenos Aires.—No.

H. D.—Buenos Aires.—

Quiere usted que examinemos
esos "ripios en buen uso".
Y que se los publiquemos...
¡Iluso!

G. R.—Buenos Aires.—

"Te acuerdas del jardín
de rosas y claveles,
de las notas del violín
en románticos bajeles..."

Mande buscar al afinador.

A. H.—Buenos Aires.—

Lo puede usted contar de otra ma- [nera.
Pero piense que es cosa
algo dificultosa
disfrazar la zoncera.

P. L.—Buenos Aires.—¿Cuál es la recomendación que, para Fray Mocho, necesita usted? Tráiganos una del sentido común. Basta y sobra con ella.

E. D.—Villa María.—Nos denuncia usted un abuso que castigaríamos, si nos fuese posible.

IMPRESIONES DE UNA BOLA DE BILLAR



--TOMA EL TACO.......
¡¡QUÉ CARAMBOLA!!



¿.........?



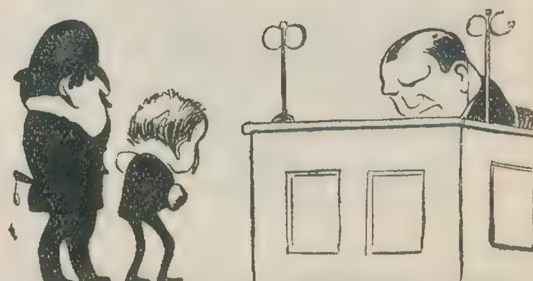
--CHAMBON, LA ERRÓ, COMO SE CONOCE QUE NO BEBE "BITTER GARNIER"



—...¿y me veré forzada a tomar el **GARNIER** con este vejete?...



—¿Y qué es eso?
—El **BITTER GARNIER**, señor, lo guardamos bajo llave.



—...dígale al sargento que le dé un **BITTER GARNIER** para que se le pase pronto...



—...y yo también lo puedo tomar...
—Sí, señora, pero no en extremo, que el **GARNIER** desarrolla mucho el apetito.



—...no me quités el apetito, pará, mirá que recién he tomado el GARNIER.

REGALOS ÚTILES



Juego de 8 piezas, cristal tallado Bohemia, para cerveza, a. . . . $ *7.50*



Juego de copas cristal Legras, compuesto de 12 copas para agua, 12 copas para vino, 12 copas para Oporto, 12 copas para licor, 1 jarra para agua, 1 botellón para vino. El juego de 50 piezas, a. . . . . $ **9.80**

(De estos juegos tenemos piezas de repuesto)



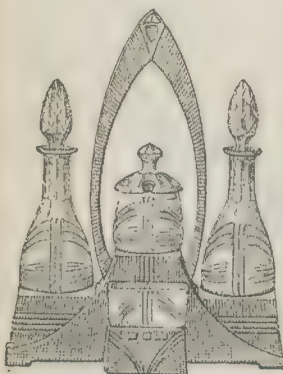
Ensaladeras para frutas, cristal decorado fino, con borde y aro de cobre niquelado especial, cubiertos con punta de metal blanco pulido inalterable, modelos varios, a pesos 15.50, 12.50, 11.50 y. . . . . $ **9.80**

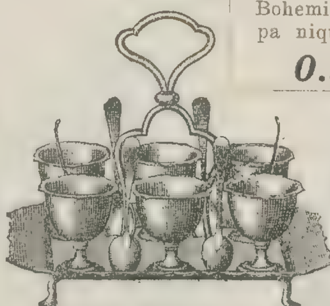


Juego para lavatorio, de porcelana Limoges y filete de oro, compuesto de 8 piezas, a. . . . . . $ **16.50**

Jarras cristal de Bohemia, con tapa niquelada, $ **0.95**

Paneras de metal niquelado, con fondo de mayólica, a. . $ **0.50**





Huevera de metal blanco plateado, muy elegante, a. . $ **26.50**



Aceitera de níquel plateado, modelo art nouveau, cinco frascos de cristal tallado, a . . . . $ **14.50**

Aceiteras de peltre niquelado, compuesta de 5 frascos, a $ **3.25**

En nuestro Departamento de *MENAJE*

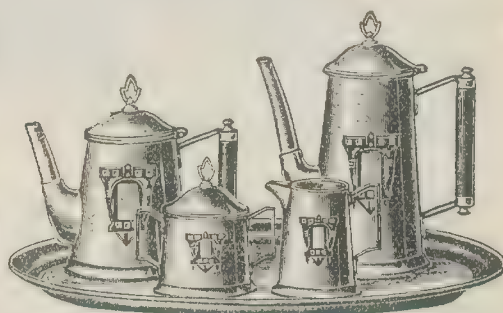


Servicio de mesa compuesto de 83 piezas de semiporcelana inglesa, dibujos nítidos estampados en un color sobre fondo blanco, colores rosa, verde, azul, el juego. . . . . . $ ***22.50***

$ 7.50 ***$ 7.50***

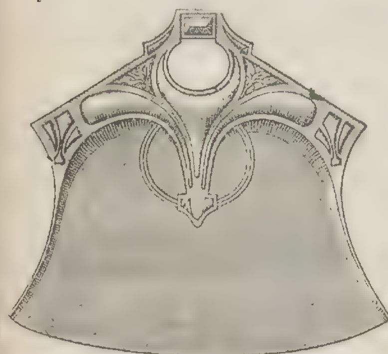


Servicio para postre, de fina semiporcelana inglesa decorada con flores, etc., colores firmes, compuesto de 1 frutera con pie alto, 1 íd. con íd. bajo y 12 platos para postre, a $ 8.50 y. $ ***7.50***



Juego para te o café, de bronce niquelado, compuesto de 5 piezas, a. . . . . $ ***23.—***

Él mismo modelo, liso, a. . . . . . „ ***22.—***



Miguera con cepillo, de metal blanco. . . . . $ ***11.95***



Juego de cubiertos compuesto de 49 piezas de fino metal blanco inalterable, cuchillos cabo de ébano, a. . . . . $ ***12.50***

El mismo juego de cubiertos, compuesto de 12 cucharas mesa, 12 tenedores mesa, 12 cuchillos mesa. 12 cucharas postre, 12 tenedores postre, 12 cuchillos postre, 12 cucharitas café, 1 cucharón sopa; 85 piezas, a. . . $ ***21.50***

Gran surtido en artículos Plateados, Porcelana, Niquelados con o sin estuche, especiales para regalos, a precios de gran ocasión.

THE SOUTH AMERICAN STORES BUENOS AIRES, LONDRES PARIS.

GATH & CHAVES L^{DA}.

CASA CENTRAL: Florida y Cangallo



Con motivo de la proximidad de las fiestas, hemos organizado una gran venta de tejidos y sederías a precios muy bajos.

GENEROS

Percal francés de buena calidad, uso recomendado, artículo lavable, surtido completo en colores y dibujos; el metro a.................... $ **0.45**

Batista, con pintas y a rayas sobre fondo blanco, gran surtido de estilos, artículo especial para ropa interior; el metro a.................. $ **0.50**

Crêpe bordado en colores sobre fondo blanco, artículo de alta novedad, lavable; el metro a $ 1.25 y $ **0.95**

Voile de hilo blanco, artículo de actualidad, doble ancho; el metro a pesos 1.50 .... $ **1.25**

Crêpe de lana y seda, tejido de moda, para vestidos de fantasía, gran surtido en colores lisos o a rayas; el metro desde $ 3.90, 2.80 y.... $ **1.90**

SEDAS

Louisinette crêpe de fantasía, inmenso surtido en colores y dibujos de última moda, artículo lavable, especial para blusas, batones, etc., ancho 45 ctms.; el metro a................ $ **0.95**

Crêpe de Chine rayé, pura seda, completo surtido en colores, ancho 110 ctms.; el metro a................ $ **2.80**

Foulard pongé imprimé, de pura seda, surtido completo en colores y dibujos de última creación, artículo lavable, especial para trajes de fantasía, blusas batones, etc.; doble ancho; el metro a.................. $ **3.50**

Voile mousseline imprimé, en estilos búlgaros, japoneses, chinescos y en otros varios, de alta novedad, doble ancho; el metro a $ 3.—, 2.50 y.. $ **1.90**

Crêpes imprimé, en una gran variedad de estilos de moda, como ser: con lunares, a florcitas, rayados, etc., etc.; el metro a $ 3.90 y........ $ **2.90**

Satin radium imprimé, de pura seda, selecta colección en estilos de gran moda, sobre fondos distintos, doble ancho; el metro a....$ **4.50**

Es conveniente recordar que un corte de vestido es siempre considerado por las señoras como el mejor obsequio.

THE SOUTH AMERICAN STORES — BUENOS AIRES LONDRES PARIS

GATH & CHAVES L^{D}.

ANEXO: Av. de Mayo, Perú y Rivadavia

DE TODO UN·POCO



Un alemán que ha hecho un estudio especial de la penetración de los rayos X a través de las pinturas al óleo, propone la aplicación de esta prueba a todas las obras de arte valiosas. Las fotografías radiográficas de los cuadros ponen al descubierto lo que podríamos llamar el "interior" de los cuadros, de tal manera que no hay imitación que pueda resistir la prueba.

Las sombras de la fotografía radiográfica no reproducen solamente los colores de la superficie del cuadro, sino también los de debajo, y por lo tanto, queda revelada la composición interior del cuadro.

Con este procedimiento, el investigador ha podido describir en muchos cuadros conocidos desde los trazos primeros del artista y sus correcciones, hasta su forma y colorido finales, poniendo así de manifiesto los procedimientos de trabajo del artista.

Los rayos X han revelado la firma del artista en algunos cuadros obscuros y de origen desconocido.

El nivel del Mar Caspio va bajando constantemente y ya empieza a entorpecer la navegación. La causa de este fenómeno se atribuye a la disminución del caudal de agua de los ríos que desembocan en dicho mar, especialmente el Volga y la evaporación, y el agua

COMPENSACION



—¡Adelante, amigo, no temas! Si el oso te come, el kaiser te mandará la cruz de hierro.

("Pasquino").

que entra no basta para compensar lo que pierde por evaporación.

Los inventores de la preparación industrial de acetato de celulosa que se emplea para hacer películas ininflamables, han encontrado una nueva aplicación para esta substancia. Se proponen reemplazar las lonas de los aeroplanos con películas de acetato de celulosa preparadas de modo especial, con las cuales se pueden hacer placas flexibles, transparentes, sólidas, impermeables e ininflamables. Los aeroplanos que las lleven serán invisibles a poca altura.

El "Scientific American", de Nueva York, dice que desde mayo de 1904 a marzo de 1914, se han registrado 1.219 accidentes mortales en las obras del canal de Panamá. En este número se incluyen solamente las muertes a consecuencia de accidentes ocurridos en el trabajo, excepción hecha de 167 casos en que las víctimas murieron ahogadas no estando trabajando.

Rosenberg ha estudiado fotográficamente durante dos años, el espectro de setenta de las estrellas más brillantes del hemisferio norte, de primera a tercera magnitud, y por comparación de sus espectros se ha podido deducir sus temperaturas. Los resultados obtenidos concuerdan con los de Wilsing y Scheiner. Las de temperatura más alta son las del tipo de helio, y las más frías, las rojas. Como muestra citaremos las siguientes temperaturas: Sirio, 27.000 grados; Vega, 22.000; Algol, 12.000; Arturo, 3.000; Aldebarán, 2.000.

Por el aspecto y desplazamiento relativo de las líneas espectrales, puede formarse idea de las condiciones de presión en las atmósferas de las estrellas.

¡A BERLIN!



—¡Los dos marcharemos unidos hasta el fin!
(Postal alemana).


SEMITIN
MOLINOS
RIO DE LA PLATA
FOLLETO
EXPLICATIVO
CANGALLO, 328
BUENOS AIRES
ALIMENTO IDEAL
PARA CRIAR Y ENGORDAR LOS GANADOS

De provincias y territorios

LA TERMINACION DEL AÑO ESCOLAR



En la Escuela Lafinur, de San Luis, se efectuó una velada literario-musical.—La concurrencia

A. H. G.



En esta localidad se inauguró la nueva logia masónica "Unión Fraternal".—Durante el banquete



El personal del F. C. P., ofreció un pic-nic al jefe de talleres.—La concurrencia

ESTA MARCA ES SU PROTECCIÓN!



Utilice usted los eficaces servicios de la institución que ella simboliza, y habrá evitado los peligros personales o perjuicios económicos que puedan amenazarle.

En la **COMPAÑIA INTERNACIONAL DE VIGILANCIA DEL PLATA,** cuyo funcionamiento se halla autorizado por las autoridades nacionales, encontrará usted un verdadero protector de su persona e intereses. Tanto los robos, estafas o sustracciones, como las asechanzas o manejos secretos de que sea víctima, quedarán de inmediato descubiertos o evitados, si confía su defensa a la acción rápida y positiva de la mencionada institución.

El experto y seleccionado personal de policía privada de que dispone la Compañía, garantiza la seguridad del éxito en su gestión investigadora, a la que no han podido resistir ni aun los más avezados profesionales del delito.

El sistema de pesquisa, que se desarrolla siguiendo los procedimientos modernos, efectúase bajo la más completa discrección y reserva; y los inmejorables resultados obtenidos hasta ahora se evidencian en los numerosos triunfos que día a día se suceden.

Para los Bancos, Ferrocarriles, Tranvías, Agencias de Vapores, Sociedades Anónimas, Casas de Comercio, Estancieros, etc., resulta la **Compañía de Vigilancia** un poderoso auxiliar, cuyos servicios son imprescindibles. Toda persona o entidad que necesite de su concurso, tendrá en las distintas secciones destinadas a vigilancia particular de empleados, investigaciones privadas, comerciales y criminales, servicio nocturno de serenos y guardianes, etc., etc., el personal apto y a propósito para cada caso.

Pídanse detalles e informes a las oficinas de la Compañía, calle **Lavalle, 1481.** U. Tel. 595, Libertad. Cas. de correo 1616.



Avicultura

La Escuela de Avicultura de La Plata.—Fiesta de final de curso

La Escuela de Avicultura que funciona en La Plata, meritísima institución—la primera que ha existido en el país,—fundada por el señor Alfredo F. Plot, director de la misma en la actualidad, ha realizado un período más de fructífera labor, dando feliz término al curso del presente año, egresándose veintiséis nuevos avicultores, con el título acreditativo que la Escuela les acuerda.

Grandes son los beneficios que la Escuela de Avicultura de La Plata proporciona a la Argentina, al producir hombres preparados para dedicarse conscientemente a la explotación de las aves, industria que, como lo hemos dicho muchas veces, no se ha abordado aun entre nosotros en su verdadera faz práctica, ya que si bien el renglón relativo a la producción de aves puras, tipo standard se halla muy generalizado y ocupa prominente lugar, continúa hoy como ayer la enorme importación de productos de corral para las necesidades de la vida, lo que significa que esta orientación industrial no está en proporción con la demanda del mercado consumidor.



Escuela de Avicultura de La Plata. Curso de 1914.—Grupo de profesores y alumnos matriculados

A enmendar estas deficiencias, a satisfacer estas necesidades, contribuye la Escuela de La Plata, al propender, por medio de sus alumnos egresados, que ascienden a más de cien, a contar desde sus comienzos, a quienes está encomendada esta misión, con la que engrandecerán ls riquezas agropecuarias del país.

Celebrando la terminación de estudios, tuvo lugar el pasado domingo en la Escuela de Avicultura de La Plata, un almuerzo ofrecido por los nuevos avicultores al Director y cuerpo de profesores, simpática fiesta de la que han de guardar agradable recuerdo obsequiados y organizadores.

DICK.

CONSULTAS

F. N. L.—San Martín.—Alimentación más rica en elementos calcáreos. es la que debe proporcionar a sus aves.

G. D.—Mar del Plata.—Para desinfección de gallineros, le recomendamos el producto "Fenolina", muy enérgico en sus efectos. Podrá adquirirlo en los comercios avícolas de esta plaza.

C. M.—Ituzaingó.—En la obra "Avicultura", por Plot, hallará los datos que le interesan.

F. B. P.—Martínez.—Se asignan diez metros por ave, aunque si usted dispone de menos terreno puede ser reducida la extensión para cada cabeza, compensando la falta de elementos que naturalmente encuentran en el primer caso, por los que deben proporcionárseles.

S. A.—Capital.—Hemos transmitido su pedido a la Dirección General de Ganadería.

A. N.—Mendoza.—Puede dirigirse a la "Asociación de Avicultores de la Provincia", con sede en La Plata, "Círculo de Periodistas".

B. E.—Capital.—La Sociedad "Sarmiento" podrá proporcionarle cuanto desea.

CARRERAS

Con el entraineur de Avicenia

—¿Que le diga algo sobre mi actuación en el turf?... Bueno. ¿De punta a rabo?...

—Remóntese a la noche de los tiempos, si usted prefiere, don Fructuoso.

—Yo nací en Canelones, tierra que ha producido dos cosas regularonas: el cronista Orcajo, y éste, su seguro y atento servidor, para lo que guste.

—Gracias, don Fructuoso.

—Soy uruguayo, pues. Hasta los diez y siete años estudié en la escuela la vida de Artigas, aritmética, algo sobre las piedritas de colores del Salto y otras cosas científicas. Después, marché con mi padre a Río Grande, a cuidar parejeros cuadreros, y nos apuntamos cuatro o cinco tantitos... Pasamos a San Borges, y de ésta a Entre Ríos, para lueguito ascender a Corrientes. ¡Siempre ganándonos la vida con el turfe criollo!... Bajé al Salto oriental, recomendado a don Felipe Fonseca, para que yo le cuidara su caballo Africano, flete con el que logré arrimar dos veces, sobre tres corridas. Un poco entenonado y deseando cambiar de aire y panorama, me largué a Buenos Aires, con unos pesitos oro... Compré el caballo Quepi, un medio hermano de Huapí, en 400 pesos de este país, y con él conseguí una victoria en el hipódromo Nacional, caballito que vendiera al poco tiempo. ¡Y ahora viene lo bueno!

—¿Una lotería?...

—Algo por el estilo... El 1.° de enero de 1900 me proporcionan patente para cuidar en Palermo y tomo las jefaturas de los studs El Plata y Paysandú, y las de dos yeguas, Pólvora y Defensora, que corrieron con los colores del stud Solitario. Con Graco, del stud El Plata, propiedad de...

—...¿Era tordillo, don Fructuoso?...

—...tordillo, sí, por Tissaphernes y Cinisca, propiedad de don Juan Henestrosa. Con Graco gané cuatro clásico seguidos, amén de otras carreritas. Entre aquéllos, figura el clásico San Martín, y entre las otras, una muy linda que obtuvo sobre Muñeca, madre de Larrea. Como usted ve, mis primeros clásicos no los he ganado con Avicenia. En esa temporada también vencí con Defensora, Pólvora y Westfalia. A fines de 1901 dejé el stud El Plata, y me quedé cuidando a Eretrea (Acheron) y a la potranca Soledad, en la cual, ¡vea lo que son las cosas de este mundo!, el jockey Manuel Lema aprendió a andar a caballo. En 1902, con motivo del fallecimiento de mi padre, volví a Río Grande, para lueguito pasar al Paraguay, con los caballos de don Juan de Dios Berón, actual propietario del stud Aurora, regresando poco después por asuntos de familia y sin poder, por lo tanto, debutar con los fletes del citado don Juan de Dios. Reanudo mi profesión en Buenos Aires con el stud Triunvirato, de cuyo elenco gano con Conflicto. Me ensarto con Miss Ketty, y como aquí no diera fuego, la llevo a Lomas. Yo también resulté rey en los dominios del caudillo Castro... Gané muchas, llegando a tener treinta caballos a mi cargo. Se produce la independencia del hipódromo Nacional, y resuelvo acampar en Belgrano. De nuevo, la suerte me trata bien... Con Carino, que perteneciera al stud Don Gonzalo, hago blanco en los clásicos Centenario y Cabildo. Y conste que Carino sólo perdió una carrera de las tres que corriera. Después, mucho trabajo me costó conseguir patente para cuidar en Palermo, a pesar de no tener falta alguna. Cosas del turf... Actualmente cuido los studs Lacar, Pedro Núñez, Kildare, Los Cobres, Oro y Azul y Luis María. Yo fuí quien eligió a Avicenia. El patrón quería comprar otra. Yo, sin mirarle las manos, le dije al patrón que pagara hasta 15.000 pesos. Cayó en 4.000. Le veo las manos y resulta chueca. ¡Me quería morir, don!... Pero ya era tarde. Y la muy chueca, resultó la primera potranca de su generación.

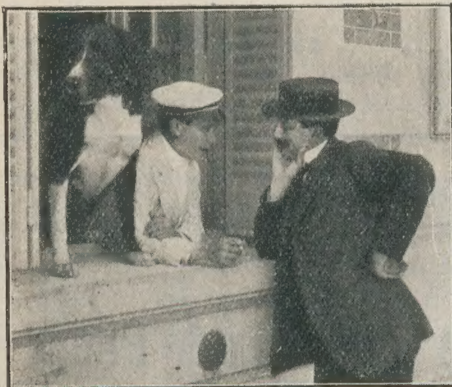
—¿Qué tiene para el año entrante, don Fructuoso?

—Algo que promete... Una Your Majesty, un hermano de Felpilla, una Rosales, una hermanita entera de Brillan y un Rosales. Cartuchos para tirotear en la próxima temporada no faltan... Además, mi Avicenia dará que hacer en 1915. Tenemos otra Mouchette en la hija de Avispa, y para afirmar esto me baso en la campaña de este año. Corrió Avicenia doce carreras, obteniendo siete primeros puestos, un segundo puesto, dos terceros y dos cuartos. ¡Siempre en el marcador! Pasando a otra cosa, le diré que tengo 43 años de edad, y que si Dios me da vida y salud, ya hemos de sacar algo más superior todavía y conquistar los grandes clásicos que me faltan, empezando por el Nacional. ¡Zás... ya cayó Lema! Y ahora, don repórter... ¡baje el telón!

CARDO.



La ciranesca nariz — con desvío y ramal hacia la izquierda — del entraineur Fructuoso P. Pais, caricaturada por Fly



Con su vecino el jockey Manuel Lema



Avicenia, 3 años, por Druid y Avispa, del stud Lacar. Costó 4.000 pesos y lleva ganados 114.000 pesos.— Como jockey accidental, figura un hijito de don Fructuoso, vestido de granadero

Nuestros pronósticos

Buenos Aires, diciembre 14. — El comunicado oficial del gobierno de Fray Mocho publicado esta mañana, dice lo siguiente:

"En la región del diario "La Argentina" continuamos adelante. Todo hace palpitar que el 31 del corriente pasaremos victoriosamente el río "Primer Premio"

En la región del diario "Ultima Hora", ocupamos el segundo puesto, por desalojo que del mismo puesto hiciera el que lo retenía, al retirarse del escenario de los pronósticos. Es difícil que en esta zona conquistemos el primer puesto, porque las fuerzas del pronosticador von Rubio son muy superiores a las nuestras".

TALLERES HELIOGRAFICOS DE RICARDO RADAELLI, PASEO COLON, 1266 — BUENOS AIRES

ALGUNOS DE LOS PREMIOS que pueden obtenerse con los cupones de

MISTERIO Y YELMO, DE 20 CENTAVOS



SE ENTREGA:

Por 650 cupones. N.º A. 56. Frasco para sales de olor, cristal con tapa de plata maciza y esmalte. Muy bonito. — Por 1.000 cupones. N.º A. 18. Cajita para pastillas, esmalte de la mejor clase, sobre plata sellada. Artículo muy útil y bonito. — Por 300 cupones. N.º A. 17. Polvera con cisne forma reloj, para señora, plata y esmalte. Bonito artículo. — Por 650 cupones. N.º A. 16. Polvera con cisne, forma reloj, para señora, plata y esmalte de la mejor calidad. Con un pequeño cisne y espejo. — Por 1.200 cupones. N.º A. 19. Polvera muy bonita, de plata y esmalte fino. Varios colores. — Por 950 cupones. N.º A. 57. Precioso frasco para perfume, de cristal cortado, tapa de plata maciza con bisagras. — Por 425 cupones. N.º A. 63. Anteojos de teatro, tamaño pequeño, cubierta de cuero, buenos lentes, completo, con estuche. — Por 700 cupones. N.º A. 66. Anteojos de teatro, nácar de empuñadura de extensión, lentes de buena clase, en bolsita de terciopelo. — Por 450 cupones. N.º A. 64. Anteojos de teatro de abrir y cerrar, pequeños y compactos, buenos lentes y en bonito estuche.—Por 900 cupones. N.º A. 65. Anteojos de teatro, "Compactum", lentes de superior calidad, en estuche de cuero delgado. Pueden llevarse aplastados en el bolsillo. Artículo muy útil.

Oficinas de canje: AVENIDA DE MAYO 961, Buenos Aires. CÓRDOBA 1074, Rosario.

NUMERO SUELTO	En la capital.......	20 centavos	EDICION DE LUJO	Número suelto: En la capital....... 40 centavos
	Fuera de la capital.	25 „		„ „ Fuera de la capital.. 50 „